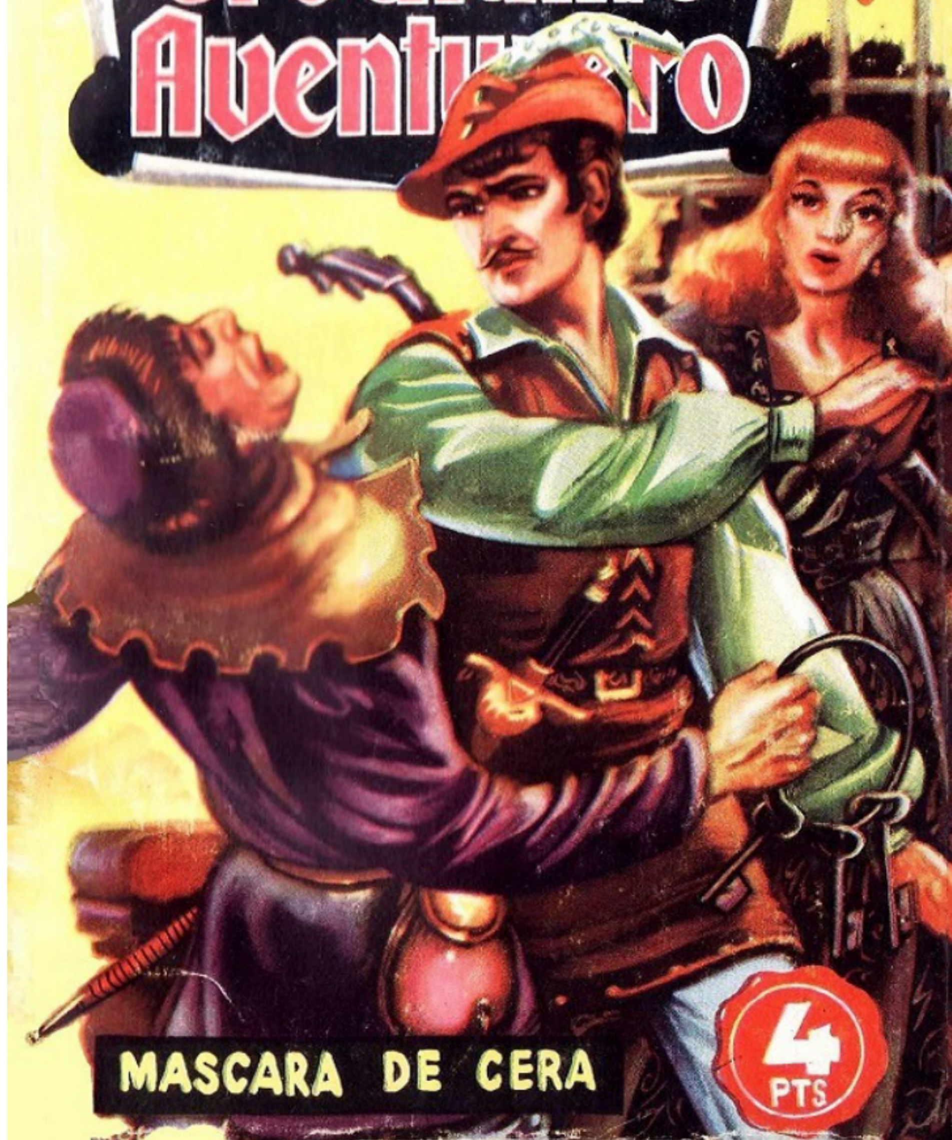

ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
MASCARA DE CERA
4 PTS

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA




# Capítulo I

**UNA NOCHE DECISIVA**

Las calles de Ajaccio ofrecían en el silencio de la noche un opresivo aspecto. Adivinábase que no era el pacífico reposo habitual tras las tareas del día, el que recluía en la obscuridad y silencio de sus moradas a los ajaccienses.

Aparecían cuidadosamente cerradas puertas y ventanas. Pero susurros y hálitos demostraban que despiertas estaban cuantas personas debieran hallarse sumidas en sueño reparador.

Desde media mañana, obedeciendo la orden del persuasivo Giordano Stéfano, Podestá Mayor y autoridad suprema de la ciudad, todos los habitantes se recluían en sus domicilios, sin salir.

Habían llegado los invasores, cuyo primer contingente, muy numeroso y al mando del invencible “Sans Merci”, el condotiero teutón, ponía cerco doble a los castillos de Montemar y del Duino.

La aprensión y temor de los ciudadanos estaba justificadísima, no ya por la superior efectividad en número de los reitres al mando de “Sans Merci” enviados por la enemiga república de Génova, sino también porque demostrando no ser falsa su aureola de gran táctico guerrero, el condotiero teutón había surgido de pronto poniendo cerco a las fuerzas que mandadas por el condotiero Ugo Paolo Renzo, “Faciatosta”, hubiesen podido defender la ciudad.

Los hombres tranquilizaban a mujeres y niños, asegurando que el Diablo Corso, con su peculiar modo de combatir sabría prontamente aniquilar a los reitres.

Pero, en su faero interno, lo dudaban. Por más audaz que fuera Dago Corsi, ¿cómo podía ni siquiera amenazar al numeroso y disciplinado ejército capitaneado por "Sans Merci"?

Y además, todo haría presumir que por otros puntos hubiesen ya desembarcado, o estuvieran haciéndolo, más refuerzos para atacar la ciudad.

Noche lúgubre y decisiva era aquella para la mayoría de los habitantes de Ajaccio. Cuando se oían por las calles el marcial paso de cabalgaduras y soldados, conteníanse las respiraciones que no volvían a recobrar su ritmo normal hasta comprobar, porque de largo pasaban sin golpes imperiosos ni réplica de gritos de terror, que no eran invasores, sino los soldados del Podestá que patrullaban.

Los rumores, este medio de propalar noticias, que nunca se sabe dónde tiene el origen ni por qué portentos se propaga con tanta rapidez, hacían circular de casa en casa, por azoteas y patios, de rapaz a anciano y de zagala a comadre, que el Diablo Corso había acudido capitaneando tres galeotas arrebatadas al turco.

Que el célebre corsario bretón Truand Lascar, con las naves sabría cerrar el paso a las enemigas y hundirlas.

Seguían circulando los rumores, viva gaceta oral.

La noche declinaba y las escasas luces de las linternas llevadas por soldados del Podestá, adquirían mayor luminosidad al ir decreciendo las tinieblas.

Alguien con voz tremante de miedo anunció que laderas abajo iban descendiendo los invasores…

Un viejo menestral iracundo, hizo callar al temeroso, asegurando que las antorchas que poblaban de lucecitas el descenso de numerosa comitiva a caballo, eran portadas por los combatientes de Da-go Corsi, vencedor.

Pero el rumor, poco optimismo suscitó. Los hombres, con gesto sombrío y resignado, aseguraron más los travesaños que apuntalaban puertas y ventanas, las mujeres enjugaban furtivas lágrimas mientras intentaban en vano hacer dormir a los niños.

Faltaban escasamente dos horas para el amanecer de aquella angustiosa noche, cuando súbitamente los susurros fueron convirtiéndose en audibles palabras, y terminando en voces excitadas, poblóse la ciudad de aclamaciones.

El júbilo más ruidoso se extendió en oleadas, impulsado por el

viento de las voces que incansables gritaban:

—¡Dago, Dago...!

Y otras, las más, exclamaban:

—¡"Faciatosta"!...

Los ancianos, en vez de desgañitarse, preferían acudir a conciliábulos, donde calmosamente, pero con gran contento, los "enterados" iban informando de la "gran victoria":

—Nuestro Diablo tenía en secreto dos grandes mazas: tres naves al mando del segundón del corsario Lascar, que al mismo rey de Francia no quiso acatar y fué ganado por Dago, y unas máquinas infernales, que sólo Dago podía haber imaginado.

—¿Qué máquinas, abuelo?

—Mateotto, el sobrino de la Mónica, que es un rapaz listo como una ardilla, se escapó de su casa..., que por cierto la Mónica, muy bien inspirada, le premió la hazaña con suaves caricias..., pues como decía, el Mateotto dice que vió con sus mismos ojos unos monstruos de hierro que pegados al suelo avanzaban lloviendo flechas, fuego y muerte. Y así pudo nuestro Diablo romper el cerco, y las fuerzas de "Faciatosta" hicieron el resto. ¡Qué gran día amanece !

En otro numeroso grupo, era una sabihonda la que llevaba la voz cantante:

—Si es lo que yo digo, dije, que no había razón para miedos, desde que Dago se hizo amigo con "Faciatosta". Y lo que yo dije, digo, es que unidos, Ajaccio estaba salvado.

El contento general hizo que un pilluelo gritara:

—¡Lo que digo, dije, es que vos, tía Albertina, os escondisteis toda la noche bajo la paja del establo!

El coro de risas apagó la protesta de la aludida. Y acalláronse comentarios y pullas, cuando acudieron corriendo los jóvenes más audaces, que clamaban :

—¡Ahí vienen!

—¡"Faciatosta" al frente!

Majestuosa y solemne era la escena, que impuso silencio hasta a los mismos chiquillos, ávidos de gritar por hacer ruido.

Por la amplia avenida que abríase en la explanada, visible por entero desde el primer hombre hasta el último, por ir descendiendo de las laderas del monte, procedentes del valle de Farnedo, una nutrida comitiva formada disciplinadamente formaba el grueso, el núcleo de las fuerzas que capitaneadas por Ugo Paolo Renzo entraban hacia la Plaza Mayor.

A los lados, formando como a modo de fuerza libre de flanqueo,

avanzaban seres hirsutos, abigarrados en vestimenta, con ropas en jirones, y provistos de toda clase de armas, desde la horquilla y la hoz, hasta lanzas y escudos.

—¡Dago!...—empezaron a clamar unos cuantos

Todos conocían de oídas al célebre bandojero.

Nadie de vista. Y la avidez popular quería contemplar al legendario Diablo Corso.

Los vencedores siguieron su camino hacia la gran plaza.

—¡Aquél es nuestro Dago!

Al frente de una cincuentena de jinetes ataviados todos con larga capa blanca, en la que aparecían bordadas unas dagas, Filipo Ferrante, enajenado de legitimo orgullo, erguía la cabeza, pero a la vez clamaba:

—¡Paso a la escolta de messer Dago! ¡Paso a uno de sus capitanes!

La atención desvióse hacia otro jinete, de apuesta figura retadora y enhiestos mostachos.

Tampoco Delfín Lechuga aceptaba gloria ajena:

—¡Abrid paso, buena gente! ¡Id a la Plaza Mayor, y al amanecer messer Dago os hablará!

El aluvión humano empezó a pulular por la Plaza Mayor, donde en uno de sus lados, se erguía el palacio ocupado por Giordano Stéfano, el Podestá.

* * *

Giordano Stéfano era un sibarita. Dormía tranquilamente, porque tenía la convicción de que ganase quien ganara, patriotas o invasores, él nunca perdería las prebendas de su cargo.

Era considerado un leal corso, y por otro lado, en unión de Bruno Sarto, el Espléndido, tenía la promesa genovesa de que seguiría siendo Podestá.

Pero creía firmemente en que “Faciatosta” y Dago Corsi serían aniquilados por los invasores.

Un rumor creciente, que como una oleada incontenible iba venciendo el silencio nocturno, le despertó.

Y acababa de vestirse, cuando sonoros golpes hicieron temblar la puerta cuidadosamente cerrada de su alcoba.

Acudió a abrir.

—¡“Faciatosta” viene vencedor, Excelencia!— saludó agitado, uno de sus-principales espías.

—¡Loor a “Faciatosta”, y viva Córcega siempre triunfante!— replicó el Podestá.

El esbirro, conocedor de la secreta doblez de su interlocutor, anunció:

—Todos vuestros soldados se han unido al cortejo, Excelencia.

—Cumplen con su obligación. ¿Qué más?

—El palacio está invadido por torvos sujetos. Son los hombres de Vincenzo Fedele, el bandolero segundón de Dago. Hay también un peregrino con un lobo... Han obligado a la guardia y a la servidumbre a permanecer en sus alojamientos, Parecen esperar algo...

—Esperarán la llegada de Daga... Tranquilízate.

—Sus semblantes son siniestros...

—Lo es también el tuyo—sonrió Stéfano.

—Parecen saber... que vos...

—Sigue, ¿por qué te interrumpes? Eres el único que conoces el secreto de la unión que conmigo forma Bruno Sarto...

El esbirro adivinó algo extraño en la mirada del amable Podestá. Retrocedió como fascinado.

El Podestá, riendo suavemente, agitó su diestra enjoyada.

—No temas. No obstante, te aconsejo serenidad.

Nada debe asustarnos nunca. No hay que perder la cabeza...

Giordano Stéfano era hombre maduro, pero ágil y decidido. El esbirro trató de defenderse alzando sus dos manos, en reacción tardía.

La espada del Podestá, que iba a ceñirse al cinto, pareció brotar como por ensalmo, y alcanzado en la garganta por rápida estocada, abatióse en el suelo, de espaldas, el que conocía la especial alianza de los dos prohombres que leales parecían a su patria.

—Eras peligroso. Hombres como tú, son aptos para traicionar por miedo. Un triunfo provisional del terco idealista Ugo, nada significa. Y en cuanto a los que abajo se han instalado, ningún motivo hay para suponer que otra cosa sean, sino avanzadillas del Diablo Corso.

Sereno y tranquilo, Giordano Stéfano dió unos toques complementarios a su atuendo, se contempló con placer, y poco después penetraba en su despacho, por la puerta que comunicaba con sus habitaciones.

No se sobresaltó al divisar las puertas abiertas de par en par y éstas, mostrando en la antesala los hoscos semblantes de los bandoleros de Vincenzo Fedele.

Quiso, no obstante, defender sus prerrogativas. Avanzó y con rostro de altiva indiferencia, examinó a los allí reunidos.

—Os saludo, amigos. ¿Quién os representa?

Vincenzo Fedele miró hacia un hércules de tonsurado cráneo y barbudo rostro, el cual vestía peregrino sayal recubierto de conchas, y alrededor de cuya cintura una gruesa correa servía de cinto amarrando a su otro extremo un lobo...

—Precedimos al cortejo triunfal, Excelencia, para montar guardia de honor en palacio —dijo el gallego.

—¿Os envía messer Corsi?

—No.

—¿“Faciatosta”?

—Sí.

—El reciente combate en que habéis salido vencedores ha comunicado a vuestros aspectos una hostilidad que podéis deponer. Estáis en casa del que elegido por Ajaccio es uno de sus primeros patriotas.

—Perdonad nuestra apariencia, pero no somos cortesanos, no podemos perder tiempo en acicalarnos.

—¿Dónde está mi guardia? ¿Y los ujieres?

—Les invitamos a que siguieran echando carnes reposando.

Las réplicas de Dom Corpacho eran socarronas. Pero no les dió Giordano Stéfano ningún sentido amenazador. No esperaba ni cordialidad ni modales de las turbas de bandoleros de Dago Corsi.

Tampoco le impresionó la entrada de Ugo Paolo Renzo, el íntegro condotiero, que apoyando su diestra en el hombro de un soldado, velado el rostro quemado por negra tela, vestido enteramente de hierro, avanzaba con paso lento, pesado...

—¡Albricias, “Faciatosta”!—saludó Stefano aparentemente enajenado de satisfacción—. Sólo vos podíais aplastar al enemigo. Nace hoy un día que la historia de Córcega escribirá con letras de oro. ¿Estáis acaso herido? Vuestro paso es inseguro...

—Convaleciente de traidor ataque, Excelencia— replicó, opaca la voz por la tela, e invisible el rostro, el condotiero.

El soldado abandonó la sala cuando Ugo Paolo Renzo quedó sentado. Las puertas permanecieron abiertas.

Giordano Stéfano tomó asiento al otro lado de la mesa. Se juzgaba gran psicólogo, capaz de adivinar el estado de ánimo de sus visitantes, con solo echarles una ojeada.

Pero el rostro cubierto del que sólo tenía una pupila mortecina válida, desafiaba todo estudio.

—He venido a comunicaros las buenas nuevas, Excelencia.

—Os agradezco la deferencia, messer Retozo. Pero, por favor... apeadme el tratamiento. Somos amigos, y ambos defendemos la misma causa. Al ver el palacio invadido por las huestes de messer

Corsi, creí que éste me visitaría.

—Messer Corsi, el verdadero artífice de la victoria, está ausente. Pero al amanecer aquí estará.

—Y desde el balcón, ambos recogeréis las aclamaciones del pueblo al cual habéis liberado de la angustia de la invasión. Esta noche ha sido decisiva en nuestra historia.

—Plenamente decisiva, Excelencia. Las aguerridas tropas de reitres pusieron cerco al castillo de Montemar donde me hallaba convaleciendo de heridas y al del Duino donde se fortificaban mis hombres. Debe hacerse público que a no ser por la magnífica labor de messer Corsi, la invasión habría triunfado.

—Me placerá hacérselo saber así a mis amados conciudadanos, aunque estimo deberíais ser vos quien tal fausto acontecimiento hicierais público. Messer Corsi es rudo y no posee elocuencia.

—Posee la virtud de ganarse amistades valiosas. Tal por ejemplo la del capitán corsario que al mando de tres galeotas, hundió la nave que transportaba los dos mil hombres que al mando de los condotieros Bracco Montano y Tulio Pandolfo se disponían a acudir en auxilio de “Sans Merci”.

Pestañeó desagradablemente sorprendido el Podestá. Pero su parpadeo podía interpretarse como grato asombro.

—¡Gran triunfo! Han quedado aplastados, pues, cerca de cuatro mil invasores.

—Hay más. Por el flanco sudoeste avanzaba la mesnada acaudillada por el brayo siciliano Curzio Castiglione, uno de los mejores condotieros italianos. Messer Corsi ha conseguido el mejor de los triunfos al asegurarse la lealtad de estas fuerzas, que ahora se han unido a mi estandarte para defensa de Ajaccio.

—Vuestras noticias me pasman, messer Renzo. Son de una magnitud e importancia desconcertantes.

—Vuestro particular amigo Bruno Sarto ha contribuido también al triunfo con su peculiar esplendidez.

—Me congratula el saberlo—afirmó, con sonrisa rutilante, el que intimamente estaba confuso—. ¿Qué hizo nuestro común amigo?

—No lo fué ni lo es mío.

—Bah… Reconozco que es amante de los placeres, pero es un leal corso.

—Secretamente tenía almacenados en caseríos del campo, unos artefactos bélicos, nuevos en lides de guerra, que nos dieron el triunfo. Unos carros acorazados, desde los que las fuerzas de messer Corei aniquilaron a los sitiadores.

—Gratitud inmensa debemos, pues, a Bruno. Pensaremos en

darle merecida recompensa.

—La tiene ya. Me ha acompañado en carreta de bueyes.

—¿ Cómo ?

Y el Podestá, tremantes los labios, miró agudamente al que era incapaz de chanzas ni imprudencias.

—No os excitéis, Giordano Stéfano.

—No lo puedo remediar. Acabáis de decirme que Bruno Sarto tenía almacenados artefactos que contribuyeron a la victoria.

—¡Pero que destinaba a entregarlos al invasor!

—¡Imposible!

Y el gesto del Podestá fué de sincera estupefacción. Sincera, porque creia que sólo él y “Sans Merci” con los genoveses, podían saber tal artimaña.

—Cuanto digo, demostraré.

Lentamente, se puso en pie Ugo Paolo Renzo. Se afianzó sobre los tacones de hierro, armados de larga espuela, y dijo, con monótona entonación:

—Consideraos preso, Giordano Stéfano.

—¿Qué... qué insensatez es esta?

—Nadie puede tildarme de insensato. Entregadme vuestra espada y aquí permaneceréis hasta que reúna Consejo que os juzgue a vos y a Bruno Sarto.

—Yo soy... ¡Yo quien juzga! ¡Soy el Podestá! El triunfo reciente os ha embriagado.

—Resisto la bebida, Stéfano. No me embriaga la lucha. Yo, ahora, frente a frente, os acuso de traición.

—¡Responderéis de este abuso!

—Respondo siempre de cuanto afirmo.

—¡Os acusaré de haber mancillado mi leal ejecutoria de defensor de la causa corsa!

—No mancillo torpemente, Stéfano. Casi me dais lástima, porque siendo inteligente, carecisteis del valor de morir como leal, antes que sobrevivir como traidor. Pero me dais asco y no os ahorcan mis huestes, porque quiero que Ajaccio sepa quién sois.

—¡Pruebas!... ¡Exijo...!

—Las tendréis,. ¡Capitán Ferrante!

El joven patriota de Bastelica acudió presuroso, marcialmente apuesto.

—¡A la orden, “Faciatosta”!

Complacía a Ugo Paolo Renzo, noble señor, el que le llamaran por su glorioso apodo ganado en asalto a posiciones genovesas.

—Vos y diez dé los vuestros, custodiad a este hombre, que bajo

mi responsabilidad, declaro traidor y sujeto a prisión.

—¡Os arrepentiréis, Ugo Renzo, de esta tropelía! Entrego mi espada a la fuerza. Pero… ¡sigo siendo el Podestá! Denunciaré la humillante invasión que de mi palacio han hecho bandidos que…

—¡Callad, Stéfano!—y pareció agigantarse la figura del condotiero, al alzar la diestra enguantada en hierro—. Estos hombres son patriotas leales y redimidos han quedado de sus errores, al defender con alma y vida, la libertad de nuestro suelo. ¡Capitán Fedele!

Vincenzo Fidele, pálido, sombrío y decidido, mostró su evidente respeto hacia la prócer persona de Ugo Paolo Renzo.

—¡Traed al preso Bruno Sarto! Me respondéis ambos de la custodia de los dos traidores y del palacio.

Salió el condotiero que de nuevo se apoyó en el hombro de su escudero. Envió soldados para convocar a los diez principales ciudadanos de Ajaccio para que a las once de la mañana, presenciaran el juicio por traición contra Giordano Stéfano y Bruno Sarto.

Y al igual que todos los que con impaciencia esperaban conocer personalmente al famoso “messer Corsi”, también el condotiero deseaba ver al que había prometido aportar las pruebas de la traición.

“¿Dónde estaría?—meditaba Renzo—. ¿Abandonándose a dulces coloquios con Alicia de Montemar?”.



*Aparecían las tres máscaras idénticas.*

Sólo Truand Lascar, el corsario bretón que a bordo de una de las tres galeotas, vigilaba al verdadero Dago Corsi, sabia el paradero de Luys Gallardo, que en compañía de su escudero Bembo, galopaba hacia el peñón del chiflado para esclarecer terminantemente la

revelación que de los labios del Diablo Corso acababa de oír.

# Capítulo II

## UNA AUTORIDAD INDISCUTIBLE

—Aquel es el peñón, mi amo—aclaró inútilmente Bembo, extendiendo la gordezuela diestra, mientras con la otra mano retenía por las bridas a su montura.

—¿Por qué miras a tu alrededor? Estamos solos, perillán.

—Es que anidan fantasmas y mascarones, mi amo.

—Los fantasmas en tu imaginación y las máscaras tapan rostros muy de carne.

—El hidalgo… tiene trazas de loco maligno, mi amo.

Crispó las mandíbulas el trovador al oír calificar así al que se decía autor de sus días. Pero comprendió que Bembo ignoraba cuanto había dicho don Rodrigo a Dago.

—Permanece aquí, y aguarda mi salida.

—Tengo… miedo, mi amo.

—Espántalo, escondiéndote. Cuando me veas salir, reúnete conmigo.

—Te acompaño, mi amo, si tú no te opones. Contigo voy más tranquilo y seguro.

—Búscate otra nodriza.

Distaban media legua del estrecho istmo que unía la tierra con la isla formada por el peñón. Isla porque al embate del mar proceloso muchas veces anegábase la lengua de tierra arenosa.

Partió al galope Luys Gallardo atravesando el istmo, y encabritó su caballo para detenerlo bruscamente, al divisar dos encapuchados que en silencio, blandiendo antorchas, parecían esperarle.

Ató las riendas alrededor de una raíz que brotaba de roca cercana y se aproximó a los encapuchados.

—Hola, enmascarados. Deseo visitar al que tiene por nombre el de Rodrigo, y que hidalgo se hace suponer.

Los dos encapuchados en silencio, dieron media vuelta, en alto sus antorchas.

Tras ellos ascendió el trovador, hasta que llegados a una oquedad abierta en la roca, los dos encapuchados se apartaron quedando como cariátiles tétricas a ambos lados de la entrada.

En ella, una figura femenina de ceñida túnica verde, con rostro

de inmóvil malignidad, cejas oblicuas, estrechas rendijas negras en lugar de ojos, prieto turbante verde por cabellos y carnosos labios carmesí que semejaban sangrienta herida, sosteniendo linterna, ocupaba la oquedad.

—Mujer eres por lo que dejas adivinar, y hermosa es tu máscara porque tiene malignidad de sierpe. Te ruego anuncies a quién espera, que aquí ha llegado Luys Gallardo.

La Máscara de Cera hizo un gesto apresurado, como deteniendo el paso al que ya avanzaba.

Y una voz aguda, deformada por la máscara, apremió:

—¡Aguarda!

Atenuóse el brillo verde de la túnica y desapareció la mujer.

Luys Gallardo, puños en caderas, aspiró el aire salobre que el cercano amanecer iba difundiendo por los ámbitos.

Oyó unos ladridos aproximarse... Los dos encapuchados alejáronse, perdiendo su inmovilidad de estatua.

Don Rodrigo de Bujalance seguido de varios dogos, que callaron al conminarles él con natural autoridad, apareció sosteniendo en alto rico farol de hierro forjado.

—Bienvenido a mi berroqueño castillo, señor trovador.

Luys Gallardo contempló íntimamente desazonado la imponente figura del hidalgo lunático.

Replicó, con dureza:

—Deben disiparse, señor, máscaras y fantasmones. A eso he venido y por esto mismo mi nombre he anunciado, que hartura tengo de ser llamado distinto a como me he acostumbrado.

—No por inesperada, menos interesante es vuestra visita. Servíos seguirme, y perdonad que os preceda mostrándoos el camino.

Poco después, entraban en la sala de meditaciones del embaucador. En la misma sala donde para imponerse, don Rodrigo había peleado venciendo a Dago.

—Tomad asiento, señor trovador.

—No lo necesito.

—Permitidme, pues, que por mayor edad y cansancio lo haga yo. ¿Puedo saber a qué debo el honor de veros anticipadamente a mis propósitos?

Más que nunca daba la impresión el cordobés de ser un gran señor acogiendo con benevolencia a una visita sin importancia.

—Abreviemos, señor. Por azares largos de relatar, Dago Corsi está a bordo de una nave capitanada por Truand Lascar, personal amigo mío. Acabo de conversar con él, que me disponía a matar en noble duelo, y... me ha revelado extrañas cosas,

—Interesantes, muy seguramente.

El sardónico rictus que siempre distendía los delgados labios de don Rodrigo de Bujalance, parecía mueca rencorosa.

—Creo que no estáis en vuestros cabales, señor.

—¿Qué fundamenta vuestra creencia de tal aserto?

—Sabéis que sé... Adoptáis tono banal...

—Y vos conminatorio. Estáis de visita, señor trovador, en mis feudos, y la actitud que tal vez dama altiva os perdonara en gracia a vuestra apostura y al privilegio de juglar, no os la tolero yo.

Luys Gallardo rió con ironía, pero centelleantes los ojos.

—Así os prefiero, señor. Temí que... aludierais a determinado suceso que soy... el primero en lamentar.

—Tened la bondad de dar luces a mi corto entender.

—Temía que mancharais una sagrada palabra...

Ahora fué don Rodrigo el que rió, apagadamente.

—No valen sofismas, cachorro. Mal os pese, me debéis acato porque es indiscutible mi autoridad.

—¿Qué autoridad?

—Me forzáis a usar términos familiares que detesto. Vuestro hermano ya os ha hablado. Me acata y respeta. Y no ignora que yo a ambos os odio. Un odio atenuado por el tiempo, pero siempre latente.

—¿A qué vinisteis? ¿Qué pretendéis? ¿Manejar como peleles a dos hombres ya muy crecidos en dura necesidad y abandono? ¿Qué esperabais? ¿Que contrito y respetuoso os saludara cabeza gacha? Me duele, señor, verme ante vos. ¡Que no merece el nombre de padre quien, como vos, se comportó!

—No aspiro a que me deis tal calificativo. Ya dije a vuestro hermano, que entre nosotros ha de reinar una sincera antipatía. Pero la naturaleza os impone mi autoridad indiscutible.

—Repulsiva puede parecer mi declaración, señor, pero yo no acato por padre al que peor que un lobo fué para dos... inocentes. No riáis, señor. Vuestra burla es horrible. ¿Sois un pobre loco? ¿No tenéis entrañas?

—Grandilocuente y enfático sois, como buen juglar. Pero os hago constar que ningún hombre me hizo nunca callar, ni se me impuso. Menos vos cachorro. Y si lo queréis, al igual que le demostré al otro lobezno que la casta se impone por manantial y no por arroyuelos, dispuesto estoy, si lo queréis, a demostraros que por la fuerza habréis de acatarme. Porque late en vuestras venas la sangre que generosamente os entregué, y que vos pagasteis, dando muerte a la...

—Dejad en santa paz a mi... ¡Horrenda situación la que vos creasteis! He aquí que no dudando ya de que seáis mi padre, repulsión hallo en nombraros y temor en mentar el dulce nombre de madre. Hallo para vos una única excusa: ¡locura!

—¿Excusarme tú a mí, infeliz?

—Podíais haber seguido alejado de dos vidas a las que odiabais. ¿A qué vinisteis?

—El tiempo atenuó mi rencor. Y por ciertas noches, la luna parece reprocharme el que permitiera que dos hermanos se vieran... y repitiendo crimen familiar...

—¡Dago es ya mi hermano! No por vos, sino porque... ante él, ahora siento latir cordialmente mi corazón.

—Tal como supuse—rió el hidalgo—. Sois un juglar de picara sentimentalidad.

—Soy humano... ¡y vos me parecéis un muerto en vida! Ya ni puedo odiaros, señor. Me apenáis.

Los negros ojos del cordobés destellaron brillo peligroso. Y Luys Gallardo comprendió que había hallado un punto sensible en la exterior coraza de su oponente.

—Cierto que pena me causa el ver que por extravío cifrasteis un absurdo rencor en quienes no tenían culpa voluntaria. ¿Os duele que yo... yo os manifieste compasión? Pues sabed, que si mi hermano fué por vos vencido, seguramente no a vuestra fuerza debéis atribuirlo, sino a que por ser de buen fondo, inconscientemente, acató vuestra autoridad natural, que no ganada,

—Error. El otro lobezno no pudo morder porque nunca el cachorro vencer puede a quien la fuerza le dió. Ignoraba al pelear quién era yo.

—No me referí a fuerza física, señor, sino al respeto que él os tiene.

—Y que en vos no alienta. Pero no creáis que me producís desengaño. Bien supuse que un descarado juglar tendría menos respeto para mí, que un bandido.

—¡Pobre de vos! Me llamáis descarado y calificáis de bandido a los que... podrían hoy ser caballeros con nombre reconocido, hogar y ternura. Pero... tanto él como yo, os hemos desengañado. Abandonados... supimos ser caballeros, que muy noble cuna debió tener la que nos dio el ser. Y vos, ¿qué pretendéis?

—Devolveros bien por mal, que esta es mi casta, cachorro.

—Me interesáis con vuestras paradojas, señor.

Y burlón, aunque íntimamente dolorido, Luys Gallardo tomó siento, añadiendo:

—Vuestra mayor edad y experiencia puedan tal vez dar frutos que de ilustración me sirvan.

El hidalgo cogió un libro de sobre la mesa. Lo mostró por el lomo, donde en letras doradas, leíase: “El Príncipe”.

—¿Conocéis esta sabrosa lectura?

—Mis lecturas son de otro orden. Prefiero las baladas, y los romances caballerescos.

—Más provechosa os sería esta.

—No vine a recibir lecciones de humanidades ni cultura, señor.

—Calla, juglar impertinente. Aunque finjas descaro... ¿crees que no adivino tu desazón? El hambre podrá vencer todas las leyes, menos una. ¡La de la sangre! ¡Quiéraslo o no, respétame!

—Añadid el por qué, señor. Decid que os debo respetar porque hicisteis lo que ni las mismas bestias. Pero no quiero acalorarme. ¿Qué queríais hablarme acerca de este libro?

—Es su lectora la que me hizo concebir la realización de un vasto proyecto que a solas no podía llevar a cabo, ni tampoco a solas podía fructificar en la persona de vuestro hermano. Unid a su dominante severidad, vuestra simpatía y ya se obtendrán grandes resultados. Pero la completa victoria, el gobierno ideal, lo dará un triunvirato. ¿Os dais cuenta, lobezno? Nosotros tres gobernaremos en Ajaccio, que por ser capital de Córcega, será como si reinásemos en la isla entera. No me miréis con suspicacia burlona, como dando a entender que oís a un mentecato majadero soñador. Si hablo con la luna es porque desprecio a mis semejantes; si lo que vos llamáis mascarones me rodean es porque lo tenebroso infunde respeto a los demás...

—Mi suspicacia tiene otro cariz, señor. ¿Para qué deseáis gobernar? ¿Por afán tiranizador, o para llenar vuestros cofres?

—¡Juglar impertinente! Hiriente sois, don Luys Gallardo. Como os reputo más inteligente, mucho más que vuestro hermano, que es una fuerza instintiva, condescenderé en daros lecciones de mi razón. Sé que mi consejo hará de Dago un príncipe y a su sombra, me dedicaré a la única diversión que el mundo me ofrece: gobernar, disponer de los destinos humanos.

—Tenéis ingenuidad, señor, al suponer que iba yo a ayudaros.

—Ninguna candorosa ilusión me hice nunca. Me ayudaréis porque sabéis que con ello se obtendrá lo que vos os proponíais: la total redención del Diablo Corso.

—¿Cuál es vuestro concepto de los hombres? Me interesa oíros.

—Os resumiré algo de las ideas de Maquiavelo, con el que coincido. Lo reputan perverso, y no es más que clarividente. No es

malvado, porque desea paz y fuerza, sin auxilio de necias bravatas. Los hombres son una raza por lo general enclenque, de ávidas bestezuelas, egoístas o, como sucede en la mayoría de los casos, seres sin fuerza de espíritu incapaces de seguir el bien o el mal, inciertos y prontos a ceder al más fuerte, víctimas del primer partido que surge. Tales seres necesitan un héroe. Y yo lo daré a Ajaccio en la persona de Dago.

—Sin vos, ya era legendario.

—Como capitán bandolero, que terror infundía. Yo lo convertiré en el ideal, explotando para la masa la guapeza y justa crueldad de Dago, que valiente y afortunado, fuerte de cuerpo y atractivo para las mujeres, hubiera sido grande, y pasajero como un chubasco de verano, a no ser yo que pienso hacer de él una lluvia benéfica bajo mi tutela.

—Veamos cómo.

—Córcega necesita al frente un hombre violento, bien encauzado, que no desperdigue sus energías en saltos de mata. Un hombre que no tema empuñar el bastón o la espada, con buenos fines. ¡Ay, si los hombres no probasen el sabor del bastón y no temiesen al filo de la espada! La materia humana necesita que la obliguen a ser menos bestial y vacilante. La obra de alta cocina, que consiste en fundir juntos a los hombres, es la política. El cocinero es siempre un jefe, que con sus leyes hace mejores a los hombres por la fuerza. Que les obliga a cumplir la palabra dada y los elevan y espiritualizan. Que proporcione paz en el interior, reprimiendo el bandidaje, barriendo los tiranuelos, las cortes de señorotes y colocando jueces imparciales para quienes será la horca el premio a la primera injusticia. Crear tributos regulares, destinados a engrandecer los medios de ganarse el sustento, dotando de bienestar a los invalidados por trabajo y…

—Basta, señor. Siempre me pareció árida la ciencía de gobernar. Pero en vos, alienta algo de humanidad, cuando vuestra diversión de confundir los hombres con peleles, os hace creer posible mejorar la humana raza.

—Cuento con vos entonces para…

—Contad con mi abstención. ¿Queréis un triunvirato ? Vedlo ahí: Dago, como condotiero de la isla. “Faciatosta”, como Podestá, y el capitán Truand Lascar, como almirante. Y vos, la eminencia que en la sombra contando con el respeto de Dago, os permita practicar vuestras teorías para defensa y engrandecimiento de la isla corsa.

—¿Y vos?

—Nuevos rumbos, señor. Partiré. Pero antes, quiero comprobar,

desde lejos y sin mostrarme, la buena fe de vuestras palabras. Si como... autor de mis días, ningún afecto os profeso... podría tal vez admiraros como artífice de bienestar para los demás. Hoy será el último día en que suplantando a mi hermano, actuaré en petición de este triunvirato, y hablando a "Faciatosta" de vuestra ayuda y talento. Después, oídme, señor. Le he tomado súbito afecto a Dago. Veo que es un hombre duro, pero privado de ternura y que será noble y recto, cuando a su alrededor tenga afectos. ¡No el vuestro, que no lo mendiga! Os creo cuando habláis de mejorar el gobierno de esta isla. Pero si algún día noticias tuviera de que jugasteis con Dago Corsi, valiéndoos de una autoridad que no os reconozco, entonces... ¡pago os pediría!

Don Rodrigo de Bujalance miró quedamente a su joven retador.

Habló con lenta mesura:

—Rebelde es vuestro temple. El juglar es más osado que el bandolero. Podéis partir cuando queráis. Me he propuesto hacer de Dago un príncipe bienamado, porque con ello sacio mi afán de practicar mis teorías. Y aunque en la sombra, mi poder dará gusto a mi existencia. No os retengo más, lobezno.

Como si su última frase fuera una contraseña, tintinearon las cortinas rematadas en cascabeles, y apareció Máscara de Cera.

—Os conducirá al exterior, don Luys Gallardo.

—Podéis insistir en el apellido, señor. No quiero otro.

—Adiós.

—O hasta la vista, señor.

Fuera ya de la subterránea concavidad, aspiró el trovador con fuerza. La entrevista le había costado un continuo dominio de sí mismo.

Recuperó su jovialidad, mirando a la impasible máscara.

—Gran enigma doble sois, porque al misterio de toda mujer, unís el de esconder el rostro.

—Por imperativo de autoridad ajena a mí.

—Debo, pues, deducir que por vuestra propia voluntad, mostraríais el encanto que existe tras la máscara.

—Deducid cuanto queráis, señor trovador. Adiós.

—Hasta la vista, mejor. Cuando la máscara os quitéis, os reconoceré. Vuestro andar, el escorzo de vuestro cuello, el dibujo de vuestras manos...

Máscara de Cera fue retrocediendo. El trovador siguió descendiendo. Poco después, al galope partía hacia Ajaccio, seguido a duras penas por su escudero.

Había resuelto la misteriosa razón que hasta entonces le

intrigara, en el doble juego de sus encuentros con Dago.

Era la ambición de un hombre, que sin afecto alguno de paternidad, sino por querencia de poder aplicado a buen fin, había hasta entonces jugado con el destino de un bandolero y un trovador.

Pero sin proponérselo, había conseguido que bandolero y trovador, con viril abandono de huérfanos, se sintieran ligados por doble afecto.

* * *

Mientras, cuando ya las primeras luces del alba sonrosaban el peñasco, y el hidalgo tendiéndose en su ataúd procedía a dormir, en otra sala, Máscara de Cera, con lento gesto, desanudaba su turbante.

Una masa de negro cabello brillante y rizoso descendió en cascadas sobre sus bellos hombros. Quitó entonces su máscara de cera.

Unos grandes ojos plenos de dulce melancolía se miraron en el azogue del espejo. Un rostro de suaves líneas, proporcionado, henchido de mórbida ternura, donde los labios pulposos tenían triste mohín de nostalgias, susurró:

—Soy bella. ¿Por qué siempre he de verme condenada a la soledad? El trovador me sonreía sin temor, alegremente... Es arrogante y valiente. Es bueno... Dijo que me reconocería... cuando me quitase la máscara. Pero, ¿conseguiré algún día ser una mujer como las demás?

Y aunque pensaba en la autoridad indiscutible de su padre, Angustias de Bujalance, cuando se durmió, tenía menos melancolía en los labios, porque empezaba a soñar en la comunicativa alegría de un apuesto trovador galante.

Sobre un anaquel, como cabezas decapitadas, aparecían las tres máscaras idénticas, que, modeladas en cera, habían sido ingeniadas por el Hidalgo Lunático, en su imperioso afán de conseguir en su hija un fiel e impresionante auxiliar y velar, a la vez, la delicada belleza de la que sentía nostalgias de amor.

# Capítulo III

ANTES DEL AMANECER

Truand Lascar, el bretón, durante los años en que permaneció cautivo del remo en las mismas galeotas que ahora capitaneaba, había desesperado de volver a ser un hombre libre.

Cuando gracias a la llegada de un legendario bandido corso[1], no sólo consiguió la libertad, sino además se vió con el mando de nave, el capitán Lascar, sin exteriorizaciones, se juró que sólo con su propia vida podría pagar la inmensa deuda de gratitud contraída hacia el risueño trovador que suplantaba al Diablo Corso.

Al pasar de la situación de semidesnudo y azotado remero rebelde a la de capitán libre, el corsario, con su atuendo elegante, recuperó su habitual cortesía.

Pero a medida que iba pasando el tiempo, y ansioso paseaba el puente de popa, lanzando continuas miradas hacia el lugar por donde debía aparecer Luys Gallardo, el capitán corsario formulaba en voz baja imprecaciones pintorescas y de todos los calibres.

Por fin, su rostro se iluminó y, bisbiseó una salve de gracias a su protectora Santa Ana, Virgen de los bretones, al divisar al trovador que al galope, embozado en su capa y seguido por su escudero, llegaba hasta el muelle.

Desmontó casi sin detener el galope, dejando al cuidado de Bembo, el recoger las riendas, y en dos saltos cruzó la pasarela.

—Sin novedad, messer—saludó, marcialmente, Lascar—. Buenos días.

—Buenos son, en efecto, capitán Lascar, porque señalan una aurora de redención y felicidad para el que allí dentro está.

—¡Cáspita!—no pudo contenerse de exclamar el corsario, siguiendo los pasos del embozado que se encaminaba hacia la cámara donde cuatro robustos bretones montaban la guardia y que contenía a Dago Corsi—. Perdonad el asombro… ¿pero no ibais a quitar de en medio a…?

—Entrad conmigo, capitán. Cuanto ahí dentro se diga debéis

oírlo, para lo que en el futuro suceda.

Intrigado, Truand Lascar entró tras el trovador, que una vez dentro y cerrada la puerta, desembozóse.

Del camastro, Dago Corsi, sonriente, con luz de ansiedad en los ojos, saltó, mirando con fijeza al recién llegado.

Ni se daba cuenta de la presencia da Truand Lascar.

Avanzó Luys Gallardo, el cual, tendiendo las dos manos, las apoyó en los anchos hombros de su viva imagen.

—Hola... hermano.

Riendo con pueril alborozo, Dago Corsi apoyó, a su vez, sus dos manos sobre los hombros del trovador.

—¡Hola, Luys!

—No te importe que el capitán Lascar esté presente.

—Si es tu amigo, lo es y será mío.

—Es necesario que nos oiga. Si la sorpresa os tumba, capitán, sentaos, y caeréis de menos alto.

Los dos hermanos rieron. Fué Dago Corsi el que, torpemente, inició una especial caricia propinando un puñetazo en el costado de su gemelo.

Luys Gallardo replicó adecuadamente, asestando una vigorosa palmada en el pescuezo.

Por unos instantes, el capitán Lascar aprobó mentalmente la elocuente efusión de aquéllas demostraciones de afecto.

Después, se dispuso a escuchar atentamente.

—¿Un trago, Luys?

—Bueno. Pero con tasajo. Que no desayuné.

Hacednos el honor de acompañarnos, capitán. Os presento a mi hermano mellizo.

—Vuestro servidor—saludó, algo indeciso, Lascar.

Volvieron a reír ambos. También lo hizo el corsario, que aclaró:

—Me empiezo a acostumbrar, pero de pronto así... el ver que... ¿Vos lo sabíais ya, messer Dago, no es cierto ? Ahora comprendo la razón de que fuerais cordial, aunque siendo prisionero.

Mordieron las raciones de tasajo, rociándolas con el vino de Falerno, y empezó Luys Gallardo su explicación:

—Acabo de hablar con... el hidalgo don Rodrigo. Le he dicho cuanto pensaba y no caben así equívocos. Pero quería aclarar el por qué, después de tantos años, hizo acto de presencia. Ya lo sé. Tiene grandes dotes de político y te será muy útil como consejero, Dago.

—¡No! Tú eres mi consejero...

—Escucha, Diablo. En Córcega falta espacio para dos talentos como tú y yo a la vez. Ha de cesar el juego. Tú eres héroe aclamado

por Ajaccio. Por las calles no se oye otra palabra. Todos reclaman tu presencia.

—¡Eres tú! Sin ti, no estaría aquí el capitán Lascar y las naves. No estaría “Faciatosta” creyendo ciegamente en mí... que eres tú.

—¿Ves?—y rió el trovador—. Este es un lío espantoso, que yo mismo creé al suplantarte. Yo quiero volver a ser el despreocupado y tranquilo trovador. A mí no me cuadra el acaudillar ni el gobernar. He pensado que la mejor solución es que sabiéndolo tan sólo Truand Lascar, tú finjas ser ante Alicia y Altiera de Montemar el trovador...

Aguardó impaciente Luys Gallardo la respuesta, y le contentó el enojo con que replicó Dago:

—¡Soy quien soy y demostraré que la leyenda me calumnió! Yo puedo ser como tú, cuando a mi lado tenga buen consejo y afecto.

—Bien hablado, Diablo. De momento lo que urge es tu presencia en Ajaccio. En el palacio te esperan “Faciatosta” y los demás. El capitán Lascar, enterado de todo, te informará por el camino.

—¿Y tú?

—Tengo sueño. Permaneceré aquí, descansando. Ya sabré cuanto vaya sucediendo. Escucha, héroe. Tengo ya confianza en ti, pero durante algún tiempo, aunque oculto, te vigilaré. Tienes resabios de tus tiempos de fiera solitaria.

—Los perderé.

—Me consta.

—Pero haces bien en quedarte. Ahora que nos hemos encontrado, ¿vas a irte?

—Iré y volveré.

—Tienes que ayudarme para convencer a Alicia que no me tema. Que ella es mi redención. Que por ella soy capaz de todo el bien y sin ella volvería a hundirme.

—Te casarás con ella. Palabra de hermano.

—Eso es. Tengo tu palabra. ¿El... hidalgo estará presente ahora en palacio?

—No lo sé. Pero ya lo verás. Dice que en un pueblo de salvajes bandidos incultos como lo es Córcega, se precisa un hombre con tu leyenda para imponer justicia. Quiere un triunvirato. Le he propuesto mi idea, que será la tuya. El Podestá traidor substituido por “Faciatosta”; tú, como condotiera mayor, y nuestro amigo Lascar, como almirante.

—¿Y... él?

—Sus consejos os serán válidos a “Faciatosta” y a ti. Al buen “Facía” porque es demasiado honrado y cree en la bondad de los

demás, y a ti, porque eres brusco y poco diplomático.

—¿Cómo se presentará?

—Él envió los carros y desenmascaró a Bruno Sarto. Es, pues, un patriota a su modo. Dirás que sus consejos te valieron de mucho. No creo que busque medrar. Desea tan sólo practicar sus teorías, tendiendo a mejorar las vidas de los corsos. Ahora, dormiré. Y juntos iremos a solventar tu situación ante las hermanas Montemar.

—Mejor tú primero, a solas. Tienes labia y simpatía. Y... ¿qué nombre tenemos ahora, Luys?

—El muy honroso que llevamos. Tú, Dago Corsi, el Héroe. Yo, Luys Gallardo, el Trovador. Y aprende un poco mi tonta filosofía, Diablo. Reír... Empezemos... Fuera, en cubierta, espera mi escudero Bembo. Es un gran valiente, porque teniendo siempre miedo, no me abandona. Es un perrazo fiel. Te tiene un miedo atroz. Sabe lo del arillo de oro—y mostró Gallardo su meñique—, y puedes mostrárselo en el momento oportuno. Debe saber quién eres, pero antes riámonos un poco, hermano.

Fué Lascar, el que, muy propicio a las infantilidades que distinguen a los nobles aventureros, salió a cubierta para advertir al piamontés, que paseaba dando cabezadas de sueño atrasado:

—Tu amo espera, escudero.

Corriendo pesadamente; entró Bembo en la cámara. Tras una cortina estaba Luys Gallardo invisible.

Dago Corsi miró ceñudamente a Bembo:

—Hola, malandrín. ¡Mala peste te pudra! ¿Dónde andabas metido?

—Pues... ¿no mé dijiste que te esperara? Mi amo... ¿mataste ya al Diablo?

Dago Corsi alisóse el fino bigote insistentemente con el meñique izquierdo, limpio de todo oro.

Bembo insistió:

—¿Podemos ya estar seguros de que...?—interrumpióse tragando saliva, con boqueadas de hombre próximo a la asfixia.

Miraba como fascinado el meñique y el ceño feroz. Abrió la boca en toda su amplitud:

—¡Socorro!—aulló, desesperado.

Y de pronto, lívido de miedo, pero furioso por suponer muerto a su ídolo, abalanzóse hacia delante, cabeza baja y puños en ristre.

—¡Defiéndete, Diablo Corso!—avisó, enloquecido.

Dio puñadas en el aire, porque saliendo de su escondite, Luys Gallardo le rodeaba los hombros, conteniéndolo.

—Quietud y paz, Cid. Cierra la boca, abre los ojos y respira.

Quien ante nosotros está, es mi hermano mellizo. Lo acabo de averiguar. Tenías que saberlo, y no viene mal un poco de diversión. Anda, te doy permiso para decir que mis chanzas son pesadas.

Reía Dago, reía Lascar, sonreía el trovador... Y Bembo, temblando, excitado, sudoroso, empezó a reír.

—Parece una liebre—rió Dago Corsi, en carcajadas incontenibles —. Enseña los dientes como una liebre amenazando a un podenco.

—Es un valiente—afirmó el capitán Lascar

—Os iba a atacar, messer, pese al pánico que le infundíais.

—Mi escudero no tiene par. Es mi alegría, ¿verdad, perillán?

Enlazado por los hombros, Bembo fue serenándose. No obstante, miraba como fascinado a Dago Corsi.

—Vete a lo tuyo, Diablo. Te reclama tu obligación de héroe. Y vos, almirante de Ajaccio, instruidle por el camino de las novedades.

Antes de partir, Dago Corsi empujó con el puño el costado de Luys Gallardo. Éste palmeó el pescuezo de su mellizo.

Al irse los dos hombres, Bembo se derrumbó, más que sentarse en un escabel.

—Perdona, mi amo, pero las piernas me flaquean. Realizas milagros. Tu... hermano parece otro cuando ríe... Parece un hombre de verdad...

—Lo es... Te explicaré cuando me despierte, lo que le sucedía al pobre Diablo Corso, que mostraba los dientes, llorando por dentro.

* * *

Cuando la comitiva triunfante iba entrando por las calles de Ajaccio, otra comitiva más reducida encaminábase hacia el puerto.

La componían una quincena de individuos con ropas de paje y capuz ladeado rematado por pluma airosa.

Ocho de ellos llevaban con paso lento y sumo cuidado, sobre los hombros, los travesaños de un camastro encima del que, otro hombre vestido como ellos, parecía dormir, teniendo sobre el pecho un loro de vistoso plumaje, que de vez en cuando aleteaba como dando aire al que contemplaba con sus redondos ojos coléricos.

Caminando al lado del camastro, como llevada de la mano por el yacente, una mujer rubia, también con vestimenta de paje, semejaba la imagen del dolor.

La comitiva se detuvo ante el “Mesón del Gallo”. Poco después, Bruyant Lartiguers descansaba en blando lecho, teniendo, a su lado a Erika Von Merck.

Los restantes “compinches” esperaban impacientes a sus

compañeros que habían ido en busca del mejor cirujano de la ciudad.

* * *

Micer Amalfi gozaba fama de ser el mejor galeno de Ajaccio. Dormía profundamente, ajeno a toda preocupación, porque había tomado un soporífero, y tanto le daba que le despertaran los invasores con un puñal en la garganta, como que abriera los ojos ante la suculenta visión del desayuno traído por su ama de llaves.

Boqueó, murmuró tartajosas palabras y, por fin, se incorporó, pensando que la tormenta que en sueños le sacudía, era horrorosa.

Fué lentamente despertando. Vió alrededor de su lecho a varios pajes, de poco amable rostro, que le sacudían violentamente, hablando un pintoresco italiano, salpicado de interjecciones francesas.

Micer Amalfi hablaba francés. Y en este idioma, masculló:

—Soy un galeno. Nada más que un galeno, señores. No me mezclo en cuestiones de política.

—Despertad ya, maldito cortapiernas. Pronto, vestíos.

—Tenéis que venir a curar a un herido.

—Y si no lo sanáis os desangramos.

—¡Venga ya, sangre y condenación! ¿Habrá que pincharte para que te levantes?

Y más impaciente, uno de ellos aplicó su puñal en 1a parte más carnosa del atribulado Amalfi.

—No te extralimites, compinche—ordenó uno de ellos

—. Déjalo que se vista. ¡Presto, Esculapio! ¡O te degollamos!

Saltó ya del todo despierto el cirujano. Vistióse aceleradamente. Uno de los salteadores, le preguntó al que acababa de hablar:

—¿Lo conocías a este?

—Lo veo ahora por primera vez.

—¿No le llamaste por su nombre de pila?

—¿Yo?

—Dijiste Esculapio.

—Eso llamaban al primer galeno del mundo. No olvides que yo fui hombre de letras antes de cortar bolsas. ¡Venga, ya estamos! De prisa, amigo Esculapio.

Ya en la calle, el médico, empujado por los gascones, inquirió:

—¿Qué ha sucedido? ¿Son... vuesas mercedes... de los de Génova?

—Somos de donde nos sale de las narices. Aprieta el paso.

—Más educación, compinche. No os asustéis, Esculapio. Nuestro

patrón está malherido. Es el mejor compinche del mundo. Si muere, rezad.

—La ciencia... yo haré lo que pueda... Pero si es imposible...

—¡La palabra imposible no existe! Como decía el abuelo de Bruyant, hay que ser decentes. El que limpia bolsas lo debe hacer con pulcritud, sin maltratar. ¿No eres sanador? ¡Pues, sana!

* * *

Uno de los gascones que estaba en la habitación, fué tocando en el hombro a uno tras otro de los demás.

A la vez, hacía un signo muy significativo hacia la puerta. Dejaron solos a la mujer y a su capitán.

Fuera, el que había tenido la iniciativa, explicó:

—Al patrón le gustará más verle la cara a la dama, que vernos las nuestras.

Erika Von Merck infundía calor de besos a las yertas manos de Bruyant Lartiguers.

Y "Coclicó", con instinto animal, adivinó que el ser de abundosos cabellos rubios, compartía con él la adoración hacia el alegre bandolero.

Bruyant Lartiguers, tendido de bruces por varios de sus hombres, presentó en la desnuda espalda la ancha herida producida por el puñal lanzado por Bárbara Foscari.

Micer Amalfi invocó no ya a los falibles dioses de la ciencia de curar, sino al Sumo Poderoso, mientras con manos levemente temblorosas quemaba a la llama de una vela un ancho cauterizador.

Fue pasando la hoja enrojecida por los bordes de la herida. La habitación se llenó de olor a carne quemada.

Bruyant sacudió la cabeza. El médico tomó una varita de metal, a cuyo extremo enrolló hilas mojadas en bálsamo.

Drenó, hundiendo la varita. Bruyant refunfuñó:

—¡Dejadme en paz, furias del averno!

Los compinches rieron animados. Su jefe vivía, porque imprecaba.

Tras media hora de prodigar todos cuantos conocimientos en peligrosas heridas poseía micer Amalfi, colocó en las manos de Erika Von Merck, un frasquito conteniendo un líquido amarillento.

—Dad al paciente este cordial, señora, cada cuarto de hora. Y al amanecer tendrá fuerzas para acreditar que llegué a tiempo. Si no hubiese sido invitado... invitado a venir, este caballero se hubiera muerto.

Casi en volandas, los compinches de Bruyant sacaron al médico,

poco tranquilizado, que argumentó:

—Vivirá, señores. Dejadme regresar.

Lo depositaron en el suelo, prodigándole palmadas y felicitaciones excesivamente efusivas a gusto del homenajeado.

Uno de los gascones colocó ante los ojos de micer Amalfi, sus dos manos. Una en alto sostenía una bolsa, y hacía caer en la palma de la otra, una rutilante cascada de monedas áureas.

—Lo habéis ganado, sanador. Veintiséis, veintisiete florines de los legítimos.

El médico, muy gustoso, aceptó la paga. Se marchó.

Uno de los gascones, interpretó las miradas reprobatorias de todos los demás, diciendo al generoso donante:

—¿De dónde tenías tu esa “tela”? ¿Estás loco, para pagar como un mercader?

—Es suyo, y bien ganado.

—Curó al patrón..., pero veintiocho “redondeles”...

—Cuando fuimos a buscarlo, yo “limpié” una bolsa en casa del micer. Ahora se la he restituido. Y él, contentísimo.

Los demás, sintiéronse reconciliados con el “generoso”.

* * *

Bruyant Lartiguers abrió los ojos, después de que Erika Von Merck le hubo administrado otra dosis del cordial.

—¿Quién... diantres eres tú, paje?

—Erika—musitó ella, gozosa.

—¡“Saperlipopette”! Pero... ¡si eres la hermana de “Sans Merci”! La suculenta fresa de Génova... ¿Qué haces aquí? ¿Qué hago yo... con estos pinchos que me arañan la espalda?

—Te hirieron en la tienda de mi hermano. Te trajimos aquí... en este mesón. Un cirujano te ha curado.

—Pues... me siento como si fuera de algodón. ¡Hola, “Coclicó”! ¡Canta la letrilla del valiente!

—¡Vino para un valiente!—graznó alborotado el loro, aleteando sobre el pecho del bandolero—. ¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra!

—Hablas muy bien mi lengua, Erika. Me gustas un rato largo. Eres hermosísima. Pero, ¿no tienes vestidos de esos de gasa y seda? ¿Dónde vas?

—A obedecerte. Bucaré ropa... en mi equipaje. Regreso inmediatamente, amor mío.

Quedóse el bandolero a solas con su pájaro favorito.

—¿Oíste, “Coclicó”? Pronunció la frase “amor mío” con

verdadera pasión. Es guapa… Y estoy vivo ¡caramba!

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda!

Y el loro desgranó de carrerilla cuantas frases sabía para demostrar su excitada alegría. E irrumpieron en la habitación todos los compinches aclamando a su patrón, el jovial truhán Bruyant Lartiguers.

# Capítulo IV

## PRIMER ACTO DE JUSTICIA

Convocados y reunidos los diez ancianos, cada uno representando un gremio de menestrales, se mantenían cohibidos y respetuosos en la gran sala de justicia del palacio del Podestá.

En un sillón, Ugo Paolo Renzo, esperaba la llegada de Dago Corsi. Tras él, en pie, estaban Vincenzo Fedele, Dom Corpacho, Filipo Ferrante y Curzio Castiglione.

—Os he mandado llamar, buena gente, porque este amanecer marcará no tan sólo un dia triunfal en la historia de nuestra amada patria, sino el inicio de un gobierno mejor. Honrado, y severo. Imparcial pero implacable. Vosotros, como representantes de la fuerza viva de la ciudad, daréis la aprobación a cuanto se dictamine. Pero una aprobación que nazca sinceramente, sin adulación. Yo perdono un error, pero no un engaño, y sería engañarme a mí y a los que representáis, refrendar posibles errores. Tan pronto acuda el vencedor de los invasores, empezaremos nuestro primer acto de justicia. Ahora, tomad todos asiento tras la mesa.

—Es la mesa de jueces, ¡Magnífico—objetó, tímidamente, el representante de los curtidores.

—Es la vuestra, a partir de hoy. Sentaos.

Los diez ancianos dirigiéronse a los sillones, pero sin atreverse a sentarse.

—Os ordeno que toméis asiento—tuvo que exigir Ugo Paolo Renzo.

El patricio corso fué ahora obedecido prontamente.



—¿Me quieres, Bruyant?

—Vosotros daréis fe de que cuanto emprendamos será para bien de nuestra patria. La voz de la calle llegará a nosotros a través de vuestras peticiones justas. Esta noche ha quedado aplastado el invasor. Gracias a messer Corsi, hemos conseguido para Córcega cuatro naves, tres arrebatadas al turco y una al genovés. Ha sido un eficaz auxiliar el célebre capitán galo, M. Truand Lascar. Veis tras de mí al condotiero messer Curzio Castiglione, que con su disciplinada mesnada, se ha unido a mi estandarte. Tenemos armas en abundancia y una nueva era de prosperidad nace para nuestra

amada patria.

"Faciatosta" marcó una pausa, porque se fatigaba. Era más resistente a caballo.

—Pero el futuro es aún incierto. Génova renovará sus malignos propósitos. Debemos estar siempre en pie de guerra y, por lo tanto, a vosotros os corresponderá la misión de velar por la felicidad de los que representáis, mientras nosotros procuraremos fortificar y aunar todos los esfuerzos de nuestras mesnadas para rechazar, como esta noche, los intentos del enemigo. Hoy se verificará el primer acto de justicia. Lo sabréis todo. Tomad ejemplo, porque dispuesto estoy a que la justicia no sea una palabra vana y por la independencia de Córcega, si hijos tuviere traidores, yo mismo los ejecutaría. He hablado.

Los diez ancianos, espontáneamente, ganados por la seca elocuencia del condotiero, puestos en pie, aclamaron:

—¡Loor a "Faciatosta"! ¡Córcega libre!

La plaza donde estaba sito el palacio del Podestá, estaba abarrotada de gente.

Oíanse murmullos de conversaciones, comentarios y opiniones. De pronto, todo rumor cesó.

Parecía como si la tierra se hubiese abierto para devorar a los que hasta entonces producían el rumor natural en muchedumbres expectantes.

Y con fanático respeto, mezcla de temor y admiración, abrían paso a dos jinetes. Truand Lascar retenía las riendas para mantener su montura unos metros atrás del blanco corcel, sobre el que Dago Corsi, sin esforzarse, por natural costumbre, se erguía ceñudo y arrogante.

—¡Messer!—clamó, de pronto, un mozalbete.

Y por antonomasia, el calificativo señorial quedaba aplicado al hasta entonces apodado Diablo Corso.

Más que una aclamación, parecía un rugido de miles de gargantas, las que rítmicamente pronunciaban la palabra.

Al entrar en la sala de justicia Dago Corsi, levantóse "Faciatosta", y chocaron tacones los cuatro lugartenientes.

Como cumplimiento de un ritual, Ugo Paolo Renzo adelantóse y abrazó al que suponía privadamente Luys Gallardo, pero para todos messer Dago Corsi.

—Amanece glorioso día para Córcega. He convocado a los diez principales menestrales de los gremios. Me honraría, messer, con que les dirigierais la palabra antes de empezar la primera tarea justiciera que nos incumbe a nosotros y a ellos.

Dago Corsi comprendió el decisivo momento. Veía tensos los rostros de los diez ancianos, en pie, tras la larga mesa del estrado.

Cruzó los brazos, y habló:

—Jueces seréis porque bien dispuesto ha sido por Ugo Paolo Renzo, nuestro “Faciatosta”. Para todos es hoy un nuevo día. Y quiero hacer acto de contricción por si cometí errores, llevado del fragor de represalias y continuos combates. Luché contra el invasor, contra el traidor y contra la molicie de los que pudiendo aportar su esfuerzo, se recluyeron en sus palacios y castillos rehuyendo su deber. Ante vosotros, gentes de buena fe y buena voluntad, os declaro que desde hoy mi partida deja de serlo, para constituir una fuerza disciplinada y aconsejada por el honesto entender de “Faciatosta”.

Hablaba con tal lentitud, que cada palabra parecía un martillazo. Buscaba manifestar su deseo de ser otro y merecer lo que tanto anhelaba: que la "buena gente” no le mirara como un genio infernal.

Y también ahora sus comedidas frases y su pública declaración de acatamiento a Ugo Paolo Renzo, tan distintas a las que podía suponerse en un soberbio bandolero, le ganaron la máxima atención de los que iban oyéndole, pensando que la calumnia se cebaba en los que se destacaban de un modo u otro sobre el resto de los humanos.

—Me es grato presentaros al capitán Truand Lascar, que ha proporcionado a Córcega tres naves turcas y una genovesa. Y ahora, me presento como acusador de la más vil traición. ¡Yo, Dago Corsi, acuso a Giordano Stéfano y Bruno Sarto de infamia y felonía!

Los ancianos menestrales, mostraron su evidente sorpresa. “Faciatosta” ordenó:

—¡Traed a los acusados!

Mientras salían los lugartenientes, “Faciatosta” añadió:

—Horca les hubiera dado de inmediato, pero infortunadamente, es nuestra patria testimonio diario de conspiraciones para derrocar. Mi nombre sin tacha, quiero refrendarlo ante los demás estados. Por esto, los dos felones serán juzgados dejando a vuestra serena justicia, el dictar sentencia.

Las últimas palabras del condotiero, fueron oídas por Stéfano y Sarto que, libres de toda atadura, entraron asidos por los hombros por Filipo Ferrante y Vincenzo Fedele.

Bruno Sarto aparecía lívido y descompuesto, con abatimiento completo. Giordano Stéfano, serenamente, avanzó, hasta clamar:

—¡Exijo justicia contra la tropelía cometida!

—A esto vamos—dijo, secamente, Dago Corsi—. Ahí estás delante de diez sencillos menestrales, que no te tienen rencor ni predisposición. “Faciatosta” ha determinado que seas oído y yo te acuso de felón y miserable traidor, así como a tu cómplice.

—Y yo te acuso de mentir—dijo Stéfano.

“Faciatosta” asió a tiempo por el hombro a Dago, que proyectábase hacia delante dispuesto a golpear.

—Quietud, messer—conminó el condotiero—. Tú mismo deseas que en esta sala impere la ley de la razón que no la de la fuerza. Resumiré para vuestro entender, señores del Consejo, a la vez que os ruego toméis asiento como jueces que sois, cuanto ha sucedido. Los invasores contaban con la abstención del que era Podestá, que con el pretexto de dar guarnición a lá ciudad, no ordenó a sus soldados acudieran a tratar de levantar el cerco puesto al Duino y al castillo de Montemar. ¡Silencio, Giordano Stéfano! No abuses de mi paciencia. Tolero tu defensa, a tu tiempo. Ahora yo resumo los hechos. Tenía decidido continuar de Podestá al servicio de Génova. En cuanto a Bruno Sarto, confabulado con el otro que es acusado, invirtió su fortuna, entre otras cosas, en construir carros armados, que destinaba a ser entregados a “Sans Merci”. Éstos son los hechos.

—Esta es mi acusación—añadió Dago Corsi.

Giordano Stéfano era buen orador. Adoptó un gesto resignado:

—Contemplad, buena gente, el abatimiento de Bruno Sarto. Gime y se desploma bajo el peso de tamaña calumnia. Yo, leal como él, lloro lágrimas ardientes invisibles, porque son de corazón.

—Vos, Podestá—habló uno de los ancianos invitado por los gestos de los demás, que tácitamente con ello le nombraban portavoz y presidente—, no podéis negar que vuestros soldados no acudieron a auxiliar a los sitiados.

—Porque mi deber era proteger vuestras casas y vidas. Además, sabía y contaba con la acción de messer Corsi. ¡No soy un traidor! Ni siquiera acepto la acusación. ¡Yo acuso!

De nuevo, “Faciatosta” tuvo que contener a Dago.

Hábilmente, Stéfano prosiguió:

—No acuso a Ugo Paolo Renzo. Es hombre íntegro y honesto a carta cabal. Está influenciado por messer Corsi. ¡Acuso a messer Corsi de desear dominar y erigirse gobernador! ¿No se intitulaba el rey de Córcega? ¿Acató alguna vez la ley escrita ni tradicional? Campó por donde quiso por su propia ley.

Bruno Sarto iba irguiendo el busto. Cobraba ánimos. Giordano Stéfano, buen psicólogo, veía que los sencillos menestrales iban escuchándole con indecisos semblantes.

—Parodia de justicia es esta. ¿Quién acusa? Un hombre que hasta no aliarse con “Faciatosta” era un forajido. Yo excuso a “Faciatosta”, os excuso a vosotros, buena gente. Pido tan sólo para terminar esta tropelía, que “Sans Merci” declare. ¡Pido la única prueba de lo que es falso e inexistente!

—¡Ay de ti...!—prorrumpió Dago, pero se contuvo de nuevo por la acción benéfica de la diestra del condotiero—. Acepto lo que dice este miserable. Fui un forajido. Si continuara siéndolo, y falsa fuera mi acusación, ¿iba a ser tan torpe como para traerlo a juzgar? Lo hubiese degollado con mi propia espada. Ahí tenéis a un hombre que puede hablar. ¡Avanza, messer Castiglione! Tú viniste con los invasores. Yo te pregunto...

El rubio condotiero siciliano avanzó. Gioidano Stéfano alzó los dos brazos.

—No es esta manera. Quien acusa no puede preguntar influenciando al que declare. Yo...

—¡Tú dabas tormento a los que interrogabas! ¡Mala peste te pudra! Eso debí yo hacer contigo...

—¡Quietud, messer!—exigió, tonante, “Faciatosta”—. Que nuestro primer acto de justicia, sea ejemplar. Jurad vos, Curzio Castiglione, por vuestros antepasados y vuestra eterna salvación, que cuanto diréis será verdad. Y sin ambages.

—Juro por mis antepasados y mi Dios, decir verdad.

—Preguntad vos, Tonio Massanielo.

El que oficiaba a modo de presidente, pensó unos instantes. Después, señaló con el dedo al rubio condotiero :

—¿Vinisteis con los invasores, condotiero Catiglione?

—Formaba parte de la expedición.

—¿Cuál era vuestro cometido?

—Desembarcado en Punta Crociatta, junto a las fuerzas de los reitres de Erik Von Merck, mi cometido era acampar allá flanqueando en espera de orden de Erick von Merck.

—¿Por qué variasteis de intención?

—Acudió el capitán Lascar. Me dió a elegir entre partir con la nave y regresar a Génova, o apoyar las fuerzas de messer Corsi. Yo soy un condotiero libre y comprendí que hallaría mayor gloria y provecho en servir a Córcega.

—Sensatas palabras—aprobó Tonio Massianelo. —El testigo no es, pues, en nada sospechoso de partidismo. Decís que ibais con “Sans Merci”. Le oiríais, pues, comentar la posible... traición del Podestá y de su amigo Sarto.

—Juré decir la verdad. “Sans Merci” se limitó a indicarme mi

cometido. No me hizo confidencia alguna.

—¿Oís?—aprovechó Stéfanq—. Si hubiera existido tan falsa posibilidad, ¿no lo hubiera comentado “Sans Merci”?

—El teutón era reservado y hablaba poco trató de rebatir Castiglione.

Alzó la mano el presidente, ya personificado en su importante y nuevo cargo.

—Sea traído “Sans Merci” para ser oído—declaró.

“Faciatosta”, cubierto el rostro, semejaba una estatua. Dago Corsi, exasperado, exclamó:

—¡Bien sabe el felón que “Sans Merci” murió en combate! No cayó prisionero porque era un jefe valeroso, de los que no se rinden. Pero no sonrías, inmundo—apostrofó a Stéfano—. Hay un testigo que será buscado. ¡Hablo de Bruyant Lartiguers! ¿Lo conoces, Castiglione? Diles a esos... esos ancianos, quién es Bruyant Lartiguers.

—Bruyant es un gascón cuyo cometido era capturar a messer Corsi.

—Lo consiguió—dijo, ceñudo, Corsi—. Pero el capitán Lascar me salvó y convenció a Bruyant para que tomase el partido dé “Faciatosta” y el mío. ¡Filipo Ferrante! ¡Con tus hombres a caballo! ¡Trae acá a Bruyant!

Marchóse precipitadamente el aludido. Giordano Stéfano hizo empleo de la mejor arma. Con irónica reverencia, preguntó:

—¿Puede el dignísimo tribunal concederme la merced de tomar asiento al igual que mi compañero de momentáneo infortunio?

Asintió cohibido Tonio Massianelo. “Faciatosta” dijo, antes de encaminarse hacia la puerta:

—Hasta la llegada del testimonio, es inútil mi presencia.

En la antesala donde Dago Corsi y Lascar siguieron al condotiero, éste murmuró:

—La verdad siempre ha de prevalecer.

—¡Mala peste pudra al felón! Si yo... a mi modo, le corto el cuello, ahora... no estaría vertiendo veneno y engatusando a esos zafios.

—No es este el mejor medio de empezar la justicia de los hombres de buena voluntad, messer. Y me extraña en vos, un trovador español—y descendió la voz—que manifestéis tal encono contra un traidor a Córcega. Será por caballeroso ímpetu ante la vileza. Os suplico comedimiento. Y perdonad la reprimenda. Es esencial que quede bien sentado, que deseamos una justicia estrictamente digna de este nombre. ¡Bastantes abusos se cometen

en nuestra pobre Italia con parodias, como dijo Stéfano!

Truand Lascar escuchaba, pero no intervenía.

Era sencillamente un observador.

* * *

Bruyant Lartiguers vió salir uno tras otro a sus hombres. Silbó admirado al divisar en el umbral, la figura de Erika Von Merck, vistiendo flotantes ropajes de seda y encajes.

—Amigo...—susurró quedamente—. Esta visión resucita un muerto, y lejos estoy de serlo.

Aproximóse ella contenta del efecto que causaba en su primer amor. Conocía ahora la delicia de saberse deseada.

—Siéntate cerquita, princesa. Tienes paso de ángel, y empaque de reina. Eres un poema. Dame un beso... ¿Te sonrojas?...

—Quisiera, Bruyant, decirte algo...

—Soy todo orejas, princesa.

—En génova, te cité. Partía para Córcega y no sabía si aquí me esperaba la muerte... Te vi... Y me enamoré. Pero no debes creer que... Tú eres mi primer amor.

—¡Ah! Ahora sé cuál es la cancioncilla que tenía clavada en el cerebro. La murmurabas tú cuando yo estaba entre cielo y tierra.

—"Primer amor, eterno vencedor":

—Seguro que sí... Dices que viniste con tu hermano. Yo también y no te vi.

—Vestía como reitre.

—Comprendo.

—Y al terminar la batalla, me quité la armadura.

—Bésame.

—¿Me quieres, Bruyant?

—Eternamente—y el bandolero tendió los brazos. El movimiento le hizo torcer la boca en mueca de dolor. —Tú eres mi último amor, Erika. Seré rico, ¿sabes? Me lo prometió Lascar, el leal bribón. Iremos a tu tierra, donde hay castillos bordeando el gran río. Si tienes un castillo, mejor. Si no. igual te quiero.

Las vulgaridades del gascón deleitaban a la tudesca. El loro apaciguado, dormitaba sobre el reborde del lecho...

—¡Patrón!—anunció uno de los gascones entrando—. Te busca ese de la caballería.

Filipo Ferrante saludó ceremoniosamente a la mujer, y mirando al bandolero, apremió:

—Os requieren de urgencia ante el tribunal, monsieur.

—¿A mí? ¿Tribunal? ¡Narices! Va a ir mi abuelo... ¡Digo! El

tuyo, Filipín.

—Os reclama messer Corsi como testimonio.

—¿Messer Corsi? Menos que menos... Después de la jugarreta que le hice, me desloma, ahora que estoy debilucho. Que vaya "Coclicó". Me representa.

—Es muy serio el trance. Está allí vuestro amigo el capitán Lascar.

—Él es un imprudente.

Explicó lo mejor que pudo Ferrante con concisión lo sucedido. Bruyant golpeábase con él índice el labio inferior, meditativo.

—Estoy flojo, compinche. Y me dan más flojera los jueces.

—Yo te acompañaré, Bruyant—intervino ella—. Debes lealtad a tu amigo el capitán Lascar.

—Apoyado en la escultura de tus hombros voy yo al patíbulo si es preciso. Pero, escucha, amigo... ¿no hay trampa, eh?

Irguióse ofendido el patriota de Bastelica.

—¿Tengo yo, señor, semblante de desleal?

—No. Me place tu cara. Pero yo no estoy para caballo ni para darle a los pies. ¡Compinches!

Entraron todos atropellándose.

—Ocho de vosotros para llevarme en andas. Mi florida retórica es reclamada por las autoridades de Ajaccio. No hay trampa. Lascar me lo asegura. ¡Aupad! Y tú, jinete, puedes anunciar mi llegada triunfal en hombros. Déjame unos heraldos para que me abran paso y enseñen el camino.

* * *

"Faciatosta" entró en la sala,

—Viene el requerido testigo, buena gente. Tú, Tonio Massianelo, preguntarás. Y tú, Stéfano, te defenderás cuando te toque hablar.

Los ocho gascones portando el lecho lo depositaron en el suelo, atendiendo a las indicaciones de Lascar.

—Hola, almirante—saludó Bruyant, sonriendo—Me pincharon, pero no me reventaron. Esta princesa es mi novia eterna. Deslumbrante, ¿verdad? Así soy yo...—y hablando ahora en italiano, desde su lecho, donde sentábase apoyado en almohadas, explicó: —Vengo en volandas, porque recientemente me hirieron. Soy Bruyant Lartiguers, y acudo porque el capitán Lascar, me ha garantizado que no hay mala fe por vuestra parte.

Tonio Massianelo adoptó dignó continente.

—Estáis, señor, ante tribunal nombrado por "Faciatosta", para entender en acusación de traición que contra nuestro Podestá y

Bruno Santo se sigue.

—¿Estos dos? Vaya... ¿Y cómo es que están vivos todavía?

—Servíos, señor, tener la bondad de contestar a nuestras preguntas.

—Yo soy muy contestón. Empiece el cuestionario.

Erika Von Merck, al lado del herido, contemplaba con frialdad a los reunidos. Sus vencedores de la reciente noche.

—Contestad si es cierto vinisteis con misión de Génova.

—Vaya que sí... Me ofrecieron cien mil florines si cazaba..., si apresaba a este buen mozo que me está mirando con muy malos ojos.

—¿Por qué desististeis?

—¡Yo que voy a desistir! Me hizo desistir el capitán Lascar, antiguo amigo mío, porque deseaba convertirse en corsario de Córcega. Cada cual con sus caprichos.

—El testigo es, pues, libre de toda sospecha. Jurad decir verdad.

—Hombre... Depende de la calidad de las preguntas. Si se refieren a todo este follón de los invasores, vengan preguntas. Juro, y amén.

—¿Vinisteis con “Sans Merci”?

—"Al principio le tenía ojeriza. Después... bueno, no viene al caso—y miró a Erika—, pero lo cierto es que me enamoré de una suculenta princesa. Y le fui tomando simpatía al condotiero, que sabía un rato largo de cosas de pelear en grupos de muchos.

—¿Os confió, pues, él privadas materias?

—Si con esto queréis decir si me sopló confidencias, sí. Me dijo que el Podestá no movería sus soldados. Y que este otro, que debe ser el Espléndido... marrano, fabricaba trastos de matar al por mayor. Trastos que “Sans Merci” esperaba para la medianoche.

—Abrumadora es la prueba—dijo el presidente, mirando con severidad al Podestá.

Giordano Stéfano se levantó. Hasta entonces había adoptado una postura cómoda, con evidente burla.

—Tengo ahora permiso para hablar. Es mi última concesión a la buena voluntad que os anima. Excuso a “Faciatosta” y no tengo en cuenta el recelo justificado, por muy distintas razones, de mes-ser Corsi. Ahora pregunto yo, ¿quién es este hombre con trazas de paje, rodeado de secuaces y acompañado de una hermosa dama, y amparado bajo el ala de un ridículo loro?

Hizo una pausa, y sonrió:

—Un aventurero que por cien mil florines venía a matar a messer Dago. Un enemigo de Córcega.

Después, un traidor a quienes lo emplearon confiando en él...

—Hombre... —exclamó indignado Bruyant—. ¡Compinches! Acercádmelo hasta aquí, que le pueda romper la boca.

—¡Gascón, gascón, ahueca que hay quema!— graznó el loro, en francés.

Rieron, aunque no habían entendido, los menestrales.

Giordano Stéfano aprovechó el momento:

—Un aventurero excéntrico dice que el cauto “Sans Merci” le dijo... Pero, en cambio, messer Castiglione, más sensato, afirma que “Sans Merci" era muy parco en palabras. Deploro la muerte del condotiero Erick Von Merck, porque su testimonio hubiera terminantemente dado fin a esta triste escena, en que pusisteis en entredicho mi honorable lealtad. Cese esto. Admito vuestro tribunal, y acato el deseo de “Faciatosta” de que seáis vosotros los que juzguéis... ¡Sigo siendo el Podestá! Y ahora, por Córcega, exijo que este hombre que vino a matar a messer Corsi, sea juzgado y sentenciado a pena de horca.



—*No sé—dijo ella, palpitante.*

Bruyant Lartiguers miró con reproche a Truand Lascar. Én francés le interpeló:

—¿Ves lo que resulta de meterse en cosas de leguleyos? Lo que decía mi abuelo. Si ganas, pagas; si pierdes, cascas. Compinches... Ojo a lo que se avecina...

Pero lo que se avecinaba nadie lo podía suponer. Erika Von Merck avanzó, y su índice tendido señaló a Stéfano y Bruno Sarto:

—¡Yo acuso de traición a estos dos hombres!

—¿Y quién sois vos, señora?—inquirió perplejo “Faciatosta”.

—Yo soy “Sans Merci”.

# Capítulo V

UNA MUJER HUYE...

Luys Gallardo, en compañía de Bembo, abandonó la cámara de la galeota. Pese a estar mediada la mañana, siguió embozado al pisar cubierta.

Miró hacia donde la nave genovesa, sin bancos de remeros, aparecía con solo dos hombres a bordo.

—Sígueme, valentón.

Descendieron la pasarela, y poco después subían la que desde el muelle comunicaba con el velero genovés.

Los dos hombres a bordo se apartaron al decir Bembo:

—Paso a messer... messer...

—La contraseña es "Armorica"—dijo el trovador.

Ya en medio de la nave, lejos de todo oído, expuso Gallardo:

—Ruda es la disciplina del mar, Bembo. No me gusta ver estos bancos con cautivos. En cambio esta nave me place. Y será con ella en la que partiremos hacia nuevos rumbos. Me gusta el mar... Con la ayuda del capitán Lascar, formaré una tripulación poco numerosa, y abandonaremos esta isla.

—¿Y... tu hermano, señor?

—De vez en cuando vendré... Pero ahora estará mejor a solas bien aconsejado por sus amores, y sus amigos.

—Que tú le has ganado, mi amo.

—Y que él sabrá ganarse definitivamente.

En el muelle había dos jinetes escoltando a una amazona. Parecían esperar a alguien.

Uno de los jinetes, apremió respetuoso:

—Vuestro padre se enfurecerá cuando sepa que intentabais pasear a solas, abandonando el peñón, y aprovechando su ausencia. Hora es ya de que regresemos...

De pronto, Angustias de Bujalance, hizo algo inesperado. Asestó con su corto látigo dos trallazos al caballo, obligándole a subir la pasarela al galope, y entrando en la nave...

Los dos servidores del hidalgo lunático, quisieron imitar a la que

habían perseguido hasta allí.

Luys Gallardo avanzó, y asiendo una larga soga rematada en garfios férreos, la volteó. Los caballos encabritáronse... Uno de ellos cayó al agua arrastrando a su jinete.

El otro, pudo retroceder, y una vez en el suelo, desmontó.

Angustias de Bujalance suplicó, ya en cubierta, mientras su caballo era retenido por Bembo:

—Favor, caballero... Me quieren obligar a regresar... Os explicaré... Protegedme...

—Estáis a salvo, señora. Aquietaos. Conduce a la dama a la cámara principal, Bembo.

Dirigióse hacia la pasarela donde los dos marinos, repuestos de la sorpresa que les hizo apartarse prudentemente al irrumpir el caballo, impedían ahora la entrada al criado de don Rodrigo.

—Vete, y mejor te irá, amigo—advirtió risueño el trovador—. La dama, por lo que sea, huye de vosotros, con que recoge al que era tu acompañante y dame gracias de que no te acogote.

Algo indefinible aconsejó al hombre marcharse. Angustias de Bujalance, antes de entrar en la cámara, vió que ninguna palabra había pronunciado el servidor de su padre.

Lo había decidido cuando don Rodrigo, rompiendo inveterada costumbre, abandonó el peñón al amanecer.

Ella iria en busca del trovador, que había dicho regresaba a la nave. No sabía fijamente lo que se proponía... Quería huir de una existencia lóbrega, sin ilusiones.

Abandonar la “Máscara de Cera”. Ser una mujer con derecho a vivir sin penumbras de soledad ni tristezas de renuncia.

Su padre no le tenía cariño, y no lamentaría excesivamente su huida. Pero no contaba con que, pese a todas sus precauciones a! abandonar el peñón, fue vista y seguida.

Ahora..., en la cámara de una nave, sentíase libre, aunque viniese don Rodrigo. No podría él aducir que era su hija..., porque hacerlo equivaldría a confesar la superchería de substitución de Gonzalo Bravo de Zaldívar.

Luys Gallardo entró, destocándose.

—Fuéronse los que os importunaban, señora. ¿Deseáis refrigerio? Os confesaré que desconozco dónde se halla la alacena, porque tan nueva es para mí como para vos esta nave.

—Ahora... estoy ya tranquilizada, caballero.

Los ojos garzos de Angustias de Bujalance no tenían ya melancolía. Brillaban excitados por la aventura de ser libre y disponer de su vida.

—Dejad que me dé a conocer, señora. Es mi nombre el de Luys, y Gallardo me apellidaron. Trovador por afición de recorrer caminos y recoger sonrisas. Español de cuna.

—Yo soy... Andrea. He huido de mi prisión.

—No os atormentéis recordando pesares, mi dama. Y permitidme licencia de trovador. Sois ahora mi dama, porque este es mi lema: Ver en la que protección busca mi dama. Vuestro ojos son dulces, mansos, de gacela asustada o dolorida. ¿Quién os hirió?

—Triste soledad.

—Dolencia que remedio tiene, mi dama.

Era sencilla y franca la risueña familiaridad del trovador, que como tal tenía privilegios no permitidos a caballeros, que no podían emplear la amable impertinencia de los tañedores de laúd.

—¿Y qué dragón os tenía cautiva?

—Mi tutor.

—Bichos molestos, para damitas que como vos tienen la dulzura honesta plasmada en el semblante.

—Enviará hombres a buscarme.

—Si tenéis quien por vos vele, no se os llevarán.

—No os entiendo.

—Sois muy joven, y sola por el mundo no podéis ir, ni caballero sería en mí tolerarlo. He preguntado si tenéis valedor.

—Nunca abandoné la proximidad de mi tutor. A nadie conozco en esta tierra.

—¿Y en otra?

—Tampoco.

—Extraño vuestro caso, mi dama. Si mayor fuerais, distinto sería. Pero ahora, per severo que sea vuestro tutor, es deber vuestro acatarlo.

—¡Quiero vivir!

—¿Sí?

—No sonriáis burlón, señor. Yo quisiera explicar..., haceros comprender mi tormento... Llevadme lejos... Dejadme en manos protectoras,.. Un convento... hasta mi mayoría, de edad... Tengo oro...

—Comprendo ahora por qué acudisteis a este puerto, como buscando a alguien o algo. ¿No creéis preferible esperar que acuda vuestro tutor, y entonces sabré convencerle de, la necesidad de que vuestros bellos ojos tengan luz de alegría?

Una luz de alegría destelló en las garzas pupilas. “El gran embaucador”, si acudía, no podría obligarla invocando su autoridad. Ella le haría frente, sin revelar la verdad, porque

supondría peligro mortal para el que osaba jugar con dos hombres del temple de Dago Corsi y Luys Gallardo.

—Chispean vuestros ojos, doncella. Parecéis meditar una gran travesura. Eso es lo que temo... Riendo empieza una fuga, y en trágica llantina termina.

—Dadme, pues, hospitalidad, y yo os prometo que mi tutor accederá a que parta, si vos me ofrecéis pasaje en esta nave.

—Así expuesto me place. ¿Pero accederá vuestro dragón? Comprended que a veces, el más despreocupado trovador tiene que inclinarse ante la autoridad de sesudos varones.

—Veréis cómo accede... si vos insistís.

—¿Yo? ¿Tanto fiáis en mi poder de persuasión... si no puedo emplear violencias que no podré contra quien recibió autoridad sobre vos?

—Podréis.

—Misteriosilla sois, doncella. Pero hablemos de otra cosa en la espera. ¿Qué significa para vos huir y vivir?

—Vivir a la luz del sol, tener amigas, charlar con caballeros, ser mirada sin temor...

—¿Y quién viéndoos puede con temor miraros?

"Máscara de Cera" corrigióse apresuradamente:

—Me refería a la estrecha vigilancia de mi tutor—y cobró ánimos ella, pensando que nunca don Rodrigo acudiría a reclamarla, porque sería echar dudas sobre su bien urdida superchería.

Y casi sintió dolorido resentimiento, pensando que su padre preferiría perderla a ella que perder la ocasión de llevar a cabo sus teorías de político.

—Un tutor tan severo bien merece mi repulsa— rió Gallardo —. Son bellas vuestras manos. Tienen expresión. Hablan... Dadme la palma y dejadme ejercer mis dotes de nigromante.

—¿Sabéis leer el futuro?

Y tendió ella la mano, vuelta palma arriba. Sentado junto a ella, Luys Gallardo, con el índice, dibujó en la tersa piel, donde leves surcos apenas se veían.

—Desamor, soledad, monotonía, nostalgias. Este es tu presente, mi dama. Y no hallo mérito en leerlo, porque te lo oí. Veamos el futuro: Amor, compañía, diversión, plenitud..., pero obedeciendo a tu tutor.

—¡No!—protestó ella, ingenuamente.

—¿Por qué no?

Inventó ella prestamente:

—Mi tutor no vendrá.

—Le avisarán los dos hombres que te siguieron.

—No vendrá..., porque, sabiéndome lejos, podrá

disponer de mis bienes a su antojo. No me tiene ningún cariño...

—Feo bicho que no tiene corazón, porque oyéndote hablar, enamoras. Das afán de ampararte. Eres, sin proponértelo, seductora. El escorzo de tu cuello es gentilmente enternecedor. Trovas canté llamando dechados de perfecciones a damas que junto a ti palidecerían de envidia. Y las rosas besaron en la cuna tus mejillas, penetrando en ellas. ¿Comías manzanas cuando niña? —No sé...— dijo ella, palpitante.

Más cerca de Angustias de Bujalance, Luys Gallardo susurró:

—Tu aliento es de pura ambrosía. ¿Por qué cierras los párpados? Mírame. ¿No adivinaste que era peligroso acudir a pedirle ayuda a un desconocido, por añadidura trovador? ¿Por qué tiemblas? Estamos solos, y nadie nos ve. Tus labios son infantiles, delicados... Nadie los besó...

Acercó aún más el rostro él. Ella retrocedió, y, nerviosamente, su diestra restalló contra la mejilla del trovador.

Luys Gallardo saltó en pie. Ella lanzó un gemido de temor y desilusión, cubriéndose el rostro con las manos.

Y lentamente, por entre sus dedos, miró, serenándose progresivamente al oír al que, riendo y acariciándose la mejilla, decía:

—Tu reacción me place, niña bonita. No es la de una coqueta fingiendo. No eres, pues, damita caprichosa en busca de aventura. Te creo ahora. Eres niña que huye de negruras. Tuya es la nave, y tuya mi voluntad. Sonríe y aparta los deditos de tu rostro... No enmascares los dones que la naturaleza derramó en tu cuna, como hada generosa. Me gustan tus ojos, chispeando como vinillo francés. Y no temas. Que un español trovador tiene licencia de bien hablar y obligación de no hacer que se confunda su atrevimiento con osadía cobarde.

Ella apartó las manos de su rostro y sonrió.

—Mía es la nave dijisteis, señor. Mía vuestra voluntad. Si os vais de Córcega, llevadme con vos.

—Tu inocencia me pasma.

—Madura soy, señor. Mucho he oído... de labios de mi tutor. No necesita dueña ni tutela quien honesta es y ante caballero se encuentra.

Repicaron en la puerta, que entreabrió Gallardo. La voz de Bembo anunció:

—El capitán Truand Lascar, mi amo.

# Capítulo VI

SENTENCIAS

La declaración de Erika Von Merck produjo general asombro. Disipó la tensión Giordano Stefano, riendo, al decir:

—Cortés soy con damas, aunque a picaros acompañen, señora. Pero, excusadme si os tildo de excéntrica a la par que vuestro compañero. ¿Vos, “Sans Merci”? ¿Vos, el guerrero implacable?

Erika Von Merck adelantóse hasta rozar con el borde de sus faldas el estrado.

—Escuchad mi historia, y después comprobaréis la verdad. Hace dos años, el conde Merck, mi padre, murió valientemente. Malherido en combate que ganó, se sostuvo a caballo hasta el término de la batalla. Entró en la tienda, y solo entonces, cayó muerto. Con él no había más que un pajecillo, que él tenía por escudero: Era yo.

Bruyant Lartiguers era el que con más atención escuchaba, tendiendo el cuello, incorporándose en su camastro.

—Lo enterré en la tienda de campaña. Erick Von Merck no podía morir. Debía seguir triunfando. Revestí su armadura, y el casco enrejado. Por ser asidua oyente del conde Merck, aprendí cuanta ciencia él poseía del arte de guerrear. Me impuse la tarea de continuar capitaneando los reitres que esta noche han perecido todos... Yo hubiese muerto en el campo de batalla..., pero Bruyant Lartiguers estaba malherido. Yo le quiero... Y él no irá a la horca, porque dice la verdad. Lo comprobaréis.

—¡Haced callar a esta dama!—imprecó, lívido, el Podestá—. ¿No veis qué inventa?

Tonio Massianelo sintióse irónico:

—No os molesten las invenciones de una dama, excelencia. En nada pueden perjudicar a un leal patriota como vos.

—Cuando el combate iba extinguiéndose con mi derrota como “Sans Merci”—siguió diciendo Erika Von Merck—, tomé la decisión de morir. Pero no pude... Bruyant me reclamaba, me necesitaba... Enterré la armadura, el casco y la espada en hoyo abierto en el

centro de la tienda. Quedé vistiendo la usual ropa de paje que bajo el bronce llevaba. Así me encontraron los soldados de Bruyant. Enviad a socavar el suelo, y hallarán la armadura y el peto de plata.

—¿Qué demostrará ello?—arguyó el Podestá—. Vos podéis ser la hermana, la hija, la amante de “Sans Merci”, y haber enterrado sus trofeos, por costumbre germana.

—“Sans Mercí”—continuó ella, impasible—tenía la costumbre de guardar los planos y secretos de campaña en doble abertura construida bajo el peto de plata. Allí encontraréis mis planos y cuanto escribió Barnabó Lieto, el hombre que en Génova me asalarió para invadir Ajaccio. Leeréis unas breves líneas que dicen y demuestran la doble traición. Este hombre—y tendió enérgica su índice hacia Stéfano—mantendría a sus soldados inmovilizados en la ciudad, para no poner trabas a mi avance. En cuanto a este otro, tenía prometido el cargo de gobernador, por prestarme armamentos. Y porque ambos serían bien vistos por los corsos, al hacerles aceptar, como mal menor, su gobierno bajo el dominio genovés. He hablado, y aporto pruebas.

A una señal de Dago, partieron Filipo Ferrante y Vincenzo Fedele. Sabían ya lo que habían de buscar.

Erika Von Merck, siempre con enérgica entonación, añadió:

—El último combate lo ha ganado el conde Merck. Detestaba los traidores. Su peto de plata vence a los traidores.

—¿Por qué... vos, “Sans Merci”, pudiendo escapar al castigo que os espera, habéis acudido a desenmascararos?—preguntó atónito Massianelo.

Ella dijo, con espartana sencillez:

—Era indigno permitir que muriera el hombre que amo, por salvar yo mi vida, que sin él no tenía finalidad.

—Sabed, señora—y se levantó Massianelo, imitado por los otros —, que sean o no ciertas las acusaciones contra los dos... acusados..., vos quedáis sentenciada a muerte, castigo del invasor que como vos supone un constante peligro para Córcega. Es nuestra primera sentencia, y a vos, “Faciatosta”, pedimos deliberación, en espera de poder leer lo escrito por Barnabó Lieto, el genovés.

Bruyant Lartiguers sonrió, húmedas las pupilas, cuando Erika Von Merck acudió a su lado.

—Te llamaría necia, princesa... ¿Con qué sacrificios de esos que decía mi abuelo se leían en libros de hadas?... Tú vendrás conmigo, o mis compinches no dejarán a juez con cabeza.

—De nada servirá la violencia—habló ella, también en voz baja y en francés—. Fuera y libre, tú puedes intentar salvarme de la

muerte, Bruyant.

Rascó Bruyant la testa del loro, dándole la palabra clave:

—¡Señora!

—¡Señora, aquí estamos dos valientes!—despertóse el pajarraco.

Rió ella dulcemente.

—Siempre serás un niño grande y mal educado. Bruyant. Pero si logramos huir... yo te corregiré

—¡Diantres! ¡Cualquiera desobedece a “Sans Merci”! Pero oye, princesa, yo mandaré en casa, y si no me compras escobas nuevas, no barreré. ¿Qué diantres estarán deliberando esos bellacos?

Regresaban los jueces después de largo tiempo. “Faciatosta”, tras ellos, ocupó de nuevo su sillón.

Dago Corsi alternaba, ojeadas iracundas, repartiéndolas entre Bruno Sarto y Giordano Stéfano.

Tonio Massianelo, sin sentarse, declaró:

—Nuestra primera sentencia condena a muerte noble a quien tuvo la nobleza de entregarse. Queda libre el llamado Bruyant Lartiguers, por haber sido veraz y contribuir al rápido exterminio de los invasores. Condenamos a “Sans Merci” a que, revistiendo sus trofeos de guerra como gala concedida a hija amante, sea suspendido por el cuello hasta que la muerte sobrevenga. Que Dios tenga piedad del sentenciado, porque no podemos nosotros tenerla, por ser pobres humanos vengativos. Sus restos no serán esparcidos como es costumbre en picotas, sino que recibirán sepultura, cruzando sobre el pecho espada y casco. Esta es la primera sentencia del Consejo de los Diez, asesorado por nuestro nuevo Podestá.

Y triunfante, miró Massianelo a Giordano Stéfano:

—Cesaste tú de serlo, Stéfano. Esta mujer que ama no hubiese venido, a morir de no poseer las pruebas ciertas de tu culpabilidad. ¡Soldados de messer Corsi! ¡Escoltad hasta la mazmorra de palacio a la sentenciada!

Erika Von Merck besó en la frente al gascón.

—“Primer amor, eterno vencedor”...—susurró.

—Hasta pronto, mi princesa.

Cuando escoltada por Dom Corpacho y otros dos peregrinos que acudieron desde la antesala hubo desaparecido Von Merck, en medio de un absoluto silencio, levantó la voz con sequedad Bruyant:

—La sentencia de libre que tanto me favorece demostrándome vuestra generosidad, significa que me largo. ¡Compinches! ¡En marcha!

Partieron los gascones llevando en volandas a su jefe. Truand Lascar encogióse de hombros al ver el gesto airado de despedida que le dedicó el salteador de caminos.

Dago Corsi procedió personalmente a atar con rudeza las manos de Giordano Stéfano a la espalda, al igual que las de Bruno Sarto, convertido éste en un hombre acabado, que, de la vida muelle y la ambición a punto de colmarse, ve el abismo ante él.

Tonio Massianelo declaró con satisfacción:

—Queda abolido el tormento para los que voluntariamente declaren sus culpas. Pero para quienes, además de traición, entorpezcan la misión del juez con negativas de osada vileza, se establece la sentencia de tormento en potro de descuartizamiento. ¡Sean encerrados en mazmorra y ejecutados en plaza pública tan pronto en nuestro poder obren las pruebas!

Lleváronse a los dos convictos, perdida ya toda su arrogancia Giordano Stéfano.

Tonio Massianelo, con los demás, descendió del estrado para dirigirse al balcón desde el cual solía hablar el Podestá.

Su aparición con los demás fué saludada con grandes aclamaciones de jovial familiaridad.

Tardaron en acallarse las voces entusiastas.

—Sabéis ya la decisión de nuestro “Faciatosta”. Sabe y está en lo seguro que nosotros contamos con vuestra confianza. Acabamos de condenar por traición a Giordano Stéfano y Bruno Sarto, que serán ejecutados dentro de unas horas, leyéndose los motivos y dando pruebas de sus traiciones.

Un clamor de reprobación se elevó. Apaciguado, continuó el viejo curtidor:

—Es nuestra voluntad que nuestro “Faciatosta” quede elegido Podestá de Ajaccio.

Los vítores fueron una sincera explosión de alegría.

—Messer Corsi es nuestro Condotiero Mayor.

Las aclamaciones tenían sonoridad, pero reticente temor.

—¡Y queda constituida la primera flota ajacciense, al mando del valeroso y experto almirante Truand Lascar!

En la antesala, el nuevo almirante saludó a “Faciatosta” :

—Permitid, excelencia, que me ausente unos instantes. Obligaciones a bordo. Regresaré antes de la ejecución.

—Id, mi buen amigo.

Messer Corsi alcanzó al corsario cuando éste se hallaba en un patio interior, camino de las caballerizas.

—¿Vas a dar cuentas a mi hermano, capitán?

—Sí, Condotiero Mayor.

—Somos ahora triunvirato. Y dile a… mi hermano que ahora le necesito para visitar el castillo de Montemar.

# Capítulo VII

LA LEY DEL CORAZÓN

Luys Gallardo pidió permiso a la hija del hidalgo lunático.

Truand Lascar era metódico y profesaba la máxima de que la prisa nada resuelve.

Expuso cuanto había sucedido en la sala de justicia, y terminó diciendo, con aparente indiferencia:

—Estas son las novedades, señor. Vuestro hermano me rogó os comunicara que os necesitará en su visita al castillo de Montemar.

—Esta noche, porque de día, dos Dagos Corsis son mucho diablo para un pueblo contento. Decidme, ¿es Bruyant muy amigo vuestro?

—Es un leal picaro. Os podrá quitar la bolsa, pero si acudís a sus sentimientos, es hombre sano.

—Hermosa actitud la de "Sans Merci".

—Salvó lo comprometido del primer acto de justicia del honesto "Faciatosta".

—Estaba yo pensando que, presente Dago, nadie podría acusarle de libertar a Erika. Es un patriota corso. Yo soy un español retozón.

Truand Lascar mordióse los labios, reprimiendo la risa al decir:

—Yo soy el tercero del triunvirato. No puedo tampoco sentirme rebelde a la decisión de "Faciatosta".

—A messer Dago le abrirían las puertas de la mazmorra donde está encerrada Erika, ¿no?

—Inmediatamente.

—Y velad vos para que durante la ejecución del ex Podestá y el Espléndido, Dago no se aparte un solo instante del lado de "Faciatosta" y bien a la vista del público. Lo más que puede suceder es que acusen de visionario al carcelero, cuando diga que messer Corsi sacó a la prisionera. Vos, como componente del triunvirato, ya procuraréis que el carcelero no sea injustamente castigado.

—Lo conseguiré.

—Bien. Me place este velero, capitán Lascar. Dádmelo.

—Las naves vuestras son.

—Es hermoso. Podrá servir de asilo a infortunadas parejas. Y de mecedora, a mis ensueños. Cuando terminen los festejos populares, vos me seleccionaréis una tripulación, y en los días que aquí dentro me esconda, preparando la partida, ya me daréis enseñanza de manejo de velas y órdenes adecuadas.

—Muy gustoso.

—Advertid a Bruyant que no cometa una imprudencia. Y... puesto que aseguráis su lealtad, explicadle la verdad e invitadle a venir a bordo con todos sus hombres. No estaría seguro en Ajaccio, y si lo estará aquí.

Regresó a la cámara el trovador.

—Perdona mi ausencia. Ardía en deseos de estar de nuevo a tu lado. Hablemos como buenos amigos... Tengo que ausentarme de un momento a otro. En mi ausencia, nadie subirá, porque tal es la orden del capitán Lascar, que me ha entregado el mando de esta nave. Con ella podremos huir..., si tu tutor accede.

—¿Y si no aparece?

—Habrás ganado, bachillera.

Media hora después, paseaba Luys Gallardo por cubierta, embozado. A su lado Bembo trató de romper el silencio:

—Mi amo, sé ya dónde está la cocina.

—Ya me lo suponía.

—Hay manjares y también buenos vinos que...

—Come cuanto quieras,

—¿Y tú, mi amo?

—Ahora es mi corazón quien tiene apetito. ¿Por qué ríes como un desvergonzado lechón?

—La dama que entró en tromba...

—Vete a la cocina, perillán. Ahí viene visita

Bruyant Lartigers, sentado sobre las manos entrecruzadas de tres de sus compinches, al hombro el loro, risueña la faz, entrelazado al cuello de los dos que estaban llevándolo a cada lado, gritó:

—¡El capitán Lascar me envía, caballero!

Hizo una señal el trovador, y los dos marinos dejaron paso a la reducida tropa.

Aunque sosteniéndose enlazando los cuellos ajenos, Bruyant Lartiguers se puso en pie, al detenerse sus portadores ante el español.

—Os saludo, gran talento. Yo soy Bruyant, y no hay más que uno. He hecho las paces con el almirante. Me ha explicado bella historia, de las que mi abuelo leía. Y al hombre que, como vos, sabe regirse por la ley del corazón, yo, un tosco gascón, sin falsía ni

trastienda le digo: "Honradme chocando".

—Choquemos—sonrió Gallardo, uniendo la acción a la palabra.

—Éstos son mis compinches. Brutos, pero sanos. Éste es "Coclicó", un desvergonzado sujeto plumífero. Formamos una cuadrilla de picaros, sin maldad ni canallería. Hay que vivir, y no me enseñaron otro modo.

—Hay sala en que estaremos más confortables, Bruyant. Aconsejo a vuestros hombres y a vos, que allá se queden sin salir hasta zarpar. Seguidme.

En la sala-comedor Bruyant sentóse. Los demás tendiéronse por el suelo y sobre bancos.

Frente al gascón, el trovador expuso:

—Bello romance el vuestro, Bruyant.

—La princesa es la que fue magnífica. ¡Cáspita! Me parece que la voy a querer eternamente, aunque mi abuelo dijese que eso se decía siempre al empezar. Se jugó la vida para salvarme el pescuezo. Y yo soy un cúmulo de defectos, pero a agradecido no

me gana nadie. Y más... ¡siendo ella algo despampanante! Y vos..., sólo vos podéis arreglarlo. Yo y mis compinches estábamos ya dispuestos a asaltar la mazmorra, pero teníamos poca esperanza. Gran cosa es, señor español, cuando los corazones que raza no tienen laten en hermandad. Y... no es impaciencia, ¿sabéis?... ¡Es verdadera rabia! No quisiera entreteneros con mi charlatanería... mientras la princesa gime bajo gruesas cadenas...

—Liberar princesas, que toda mujer lo es, constituye un pasatiempo muy delicioso, señor gascón.

Cuando hubo salido el trovador, manifestó Bruyant:

—Compinches... Este español, con su apariencia de modoso, es de los recios. Y... ¡esclavos suyos, malandrines! Nos salva la pelleja y nos da escape.

—Es el vivo cuadro del otro, patrón.

—¿No lo va a ser? Son mellizos... Sacad los naipes, que no quiero morderme las uñas esperando a la princesa.

—¿Y si... fallara el caballero español?

—¿Él? ¡Necio de ti, so borrico! Don Luys Gallardo es de los que nunca fallan en lo que emprenden. Tengo pupila yo... y por eso mismo, al primero que pretendiendo aprovecharse de mi convalecencia y mi ansiedad, piense trampear, le demostraré quién es aquí el patrón. Al que rechis...

El loro, invitado a tomar parte en la conversación, graznó:

—¡Al que rechiste le parto los dientes!

Todos rieron regocijados. Nunca se cansaban de apreciar el buen

humor de Bruyant Lartiguers, el único, como modestamente se anunciaba el mismo. Y la partida de naipes fué casi digna de honesta reunión.

* * *

Un hombre embozado, cuando ya en la plaza mayor, empezaba la ejecución pública de los dos sentenciados, llegó hasta la reja de acceso a las mazmorras de palacio.

Dejó caer la capa, y el carcelero, repentinamente obsequioso, saludó:

—Loor a nuestro condotiero mayor, messer.

—Trae a mi presencia a la sentenciada.

—¿Escoltada, messer?

—¡Malandrín piojoso! ¿Soy yo hombre para necesitar escolta? ¡Trae inmediatamente a la sentenciada para que la conduzca yo a patíbulo, que para eso la vencí!

Poco después, Erika von Merck, pálida, pero andando con firmeza, atados los brazos contra el busto, apareció empujada por el carcelero.

Abrió éste la reja, y retrocedió al recibir en el rostro un bofetón.

—¡Mala peste te pudra! Aprende modales. No se empuja a hombre atado, tanto menos, pues, a mujer. Ven, Erika von Merck.

El carcelero quedóse sacudiendo la cabeza.

En 1a desierta sala que conducía al patio de caballerizas; donde ya Luys Gallardo había sujetado dos caballos a un abrevadero, Erika von Merck murmuró:

—¿Es costumbre en Córcega que el vencedor acompañe a quien venció hasta el patíbulo? ¿Dónde están mis trofeos heredados y sin mancha vencedores ?

—Bruyant espera. Montad a caballo, princesa. Luego, sabréis la razón por la cual quien allá está, aquí os escolta. Cubrid vuestro rostro con este velo.

Buen jinete, ella galopó con alegre esperanza. Desmontó en el puerto, bajo la pasarela, y no supo aceptar el antebrazo que le ofrecía Luys Gallardo porque era gesto al cual no tenía costumbre “Sans Merci”.

Pisó la cubierta, y corrió al oír un lejano graznido:

—¡Señora, aquí estamos dos valientes!

Luys Gallardo descendió a la. cocina, donde Bembo hacía la

digestión de un copioso manjar.

—Comida para mi estómago, que materia somos, escudero. ¿Qué nombre le darías a esta nave?

—Pues... me gusta “Tritón”, y también “Neptuno”...

—No. Buscaré nombre que mejor cuadre a su destino de amparar doncellas en busca, de amor y damas en luna de miel. ¡Asa carne, escudero, y no mastiques risotadas! También un día mecerá este velero mi ideal personificado y mi luna de miel.

# Capítulo VIII

DESHACIENDO EQUÍVOCOS

—¡Mala peste te pudra! ¡Osar decir que yo...!

—No os acaloréis, messer—intervino “Faciatosta”, liberando al atribulado carcelero de manos de Dago—. Este hombre debió beber, o sufrir alucinación. En todo el día no os habéis separado de mi lado. Y aún recuerdo cuando el capitán Lascar os contuvo hace unos instantes al ir vos a abandonar el estrado desde el que presenciamos la ejecución de los traidores Stéfano y Sarto. El hecho es que “Sans Merci” ha huido, y en ello deben andar los gascones. Enviaré soldados a pesquisar. Ahora, reposaré hasta el anochecer, en que espero nos veremos en el castillo de Montemar. Hasta luego, mis buenos amigos.

Había ya “Faciatosta” dictado instrucciones. Quedaban nombrados sus prebostes sus segundos.

Los lugartenientes de Dago Corsi, al frente de sus grupos, ocuparían distintos alojamientos que señaló.

Truand Lascar susurró:

—Vuestro hermano os espera, messer.

—Vamos... ¡Mala peste me pudra! ¡Ya está! Tú eres amigo de Bruyant y eres también amigo de mi hermano, y...

—Y os ruego bajéis la voz, messer. Nos miran.

—Vámonos lejos de tanto badulaque, majadero y alcornoque. Me miran todos y... todas como tuviera yo pezuñas y rabo, y echara azufre por los oídos.

Picaron espuelas, y poco después, al trote, rezongó Dago:

—La mujer se portó valientemente, pero era enemiga de Córcega.

—Ya no hay enemiga en ella, messer, porque ama y vuelve a ser mujer.

Miró hacia atrás Dago Corsi. Un jinete les seguía. Se estremeció,

reconociendo al seguidor... que les dió alcance.

—Hola, señor lobezno. Podéis presentarme al señor almirante. Os felicito. He asistido a los primeros pasos vacilantes del nuevo Estado corso, apuntalado en las firmes bases del triunvirato.

—Don Rodrigo, un hidalgo, Lascar. Sabe... conoce a Luys, señor. Y deseoso de contar con el apoyo de su hermano, Dago Corsi picó espuelas.

Don Rodrigo, sabedor ya que su hija había huido, buscando refugio a bordo de nave, donde se hallaba uno de los dos hijos de Gonzalo Bravo de Zaldívar, tenía ya lógica razón para ir también hacia el puerto.

Sabía que Máscara de Cera rio revelaría el secreto. Y contaba con poder separarla de la peligrosa vecindad de los dos engañados...

Si perdía la autoridad que se arrogaba suplantando, su suerte veríase mortalmente amenazada.

Al desmontar al pie de la pasarela, dijo el hidalgo:

—En el triunvirato, señor lobezno, dijisteis supongo a nuestro silencioso almirante mi cometido.

—Es mi consejero—dijo, bruscamente, Dago—. Subamos...

Bembo, enviado por su amo, llegó con saludos continuos ante los recién llegados.

—Tened la bondad, mis señores, de seguirme.

Luys Gallardo, en la cubierta toldilla del castillete de popa, hizo una seca reverencia al aparecer el primero don Rodrigo.

—Visita que me honra, señor. El capitán Lascar conoce ya nuestra triste relación mutua con vos y la feliz unión de Dago Corsi y Luys Gallardo.

—Duros son los lobeznos, ¿verdad, silencioso hombre de mar?

—Los amamantó la loba de la indiferencia, señor hidalgo

—contestó, ásperamente, Lascar—. Os respetan y os respetaré. No os quieren ni os apreciaré.

—Interesante vuestra charla, capitán. Me importa un comino vuestro aprecio. Somos aliados y nada más. Compartimos un secreto que favorece a Dago el Héroe, y a su sombra, manejar ventajosamente para todos, los hilos del consejo que harán caminar rectamente a los ajaccienses. ¿Cuándo os vais, don Luys?

—Cuando tenga tripulación, y cuando queden disipados los equívocos ante las condesas de Montemar y “Faciatosta”. Es gente leal y mezquino sería mantenerlos en el engaño.

—“Faciatosta” me ha citado para esta noche en Montemar, Luys —expuso, con elocuente ansiedad, Dago Corsi.

—Y esta noche será la segunda decisiva, Dago.

—Mi consejo es que juntos los dos, deis pruebas de que bien asesorado el Diablo Corso y recorriendo otra tierra el trovador, Ajaccio saldrá ganando. Y vos, Dago, no querréis obtener amor bajo capa de otro, aunque sea vuestro hermano.

—Creo, señor, que empezáis prematuramente vuestro asesoramiento. En las íntimas cuestiones de Dago, él no reconoce más ayuda que la mía, que para esto soy su hermano.

—¿Puedo recorrer la nave, cachorros?

—Muy dueño, señor—dijo Gallardo.

Alejóse el hidalgo. Encogióse de hombros el trovador.

—¿Es un loco? ¿Es un... malvado? "Faciatosta" y vos, Lascar, podréis saberlo, ya que Dago y yo... estamos ofuscados en nuestro juicio, por una razón natural. No podremos querer a quien después de abandonarnos, no ha tenido al vernos más que burla... pero es quien nos dió el ser. Y... tiene perdón, porque amaba con total entrega de su alma, a la que murió al nacer nosotros. No pongas ese ceño tristón, Diablo... Vamos a hablar de lo qué haremos tú y yo esta noche, porque lo que diremos no es menester prepararlo. No somos hombres de meditación.

—Tú hablarás, Luys. Yo hablaré... lo menos posible. Y antes de que me olvide... ¿Qué ha sido de la valiente tudesca?

—Yo, un trovador, le rendí mi admiración,

—La perseguirán.

—Muy segura está. Y es el último equívoco. De ahora en adelante, no hay más Dago Corsi que tú.

* * *

—Perdón, suplico mil perdones—sonrió siniestramente don Rodrigo, cuando al abrir la puerta divisó el grupo animado que formaban los compinches de Bruyant escuchando a éste contar sus planes futuros a Erika von Merck.

—Pasad, que si a bordo estáis, es porque le dió la gana a mi nuevo y viejo amigóte el español—invitó Bruyant.

—Perdonad si no os acepto la invitación, pero me equivoqué de cámara, y es otra donde soy esperado. A vuestros pies, señora.

Don Rodrigo continuó en su búsqueda. Desesperaba ya de encontrar a su hija, cuando sonrió viendo una cortina temblar imperceptiblemente, en una esquina de la mejor cámara de las tres que componían los alojamientos del puente superior.

—Salid de vuestro escondrijo—conminó.

Pese a sus propósitos, Angustias de Bujalance, al apartar el cortinaje y verse ante la penetrante mirada de su padre, sintióse débil y abandonada de nuevo a la influencia poderosa del que ahora

masculló:
—Me contengo a duras penas, ante vuestra liviandad. Correr tras un trovador, como una coquetuela indigna, vos, mi hija... No me acerco para abofetearos, porque desde aquí diviso al marino y a los dos Zaldivar. Vais a abandonar esta nave y seguirme. Pretextaréis que os habéis arrepentido. Yo me ofreceré como hidalgo español. Sé muy bien que vuestra pasajera locura no ha llegado al extremo de amenazar mi vida. Componed el gesto y sonreíd. Viene hacia acá el trovador.

Desde la puerta, volviéndose ahora de espaldas, habló en voz alta el lunático:

—Perdonad, señora. Ignoraba que estuvierais embelleciendo con vuestra presencia este salón. Profano soy en cosas de mar y me interesaba conocer. Ah, ¿sois vos, don Luys?

—Yo mismo. Y esta doncella acudió en busca de protección contra un tutor severo. Permitid que os presente al hidalgo don Rodrigo. Por cierto, señor, que vuestros consejos pueden serme útiles y confío en que mi dama no se opondrá a que os consulte.

—¿Vuestra dama?—dijo, ásperamente, don Rodrigo.

—Costumbre de trovador.

—Es verdad. Creo haber oído alguna que otra vez estas licencias permitidas a los juglares. ¿Queríais consultarme?

—Por mayor edad, decid qué haríais si, como yo, español, como yo, caballeroso, una damita asustada os pidiera le ayudarais a huir de un tutor severísimo.

—Deploro ganarme el enojo de tan bella damita, pero un caballero español devolvería la jovencita a su tutor.

—El tutor no se presenta.

—Llevadla a convento. O si queréis, yo mismo os libraré de esta poco grata misión, ya que os granjeará el pasajero rencor de quien más tarde reconocerá el sentido de mis palabras.

—Sois buen consejero, señor. Ahora, tal vez, sería conveniente escuchar lo que la interesada pueda alegar.

—Me quedaré—dijo ella, cerrados los párpados.

—Mi tutor no vendrá... ni enviará a nadie en mi busca.

—Juveniles errores que vos no podéis protege? ni fomentar, don Luys.

El trovador rió, pero con amargo sarcasmo.

—Tal vez, señor hidalgo, si desde niño una voz a ratos cariñosa y a o res severa, me hubiera aconsejado, ahora no fomentase yo el afán de huida de esta damita. Ved qué hermosos ojos suplicantes me hinca en el rostro. ¿Qué valen tutores? ¿Qué vale vuestro...

tardío consejo?

Don Rodrigo de Bujalance no alteró su voz, para decir:

—Aceptad mi oferta, jovencita. No os arrepentiréis...



*—Mandad en mi, Alicia.*

—Acepad mi respetuosa invitación, señor. Dejemos a una honesta mujercita que su futuro decida. Queríais ver la nave y no la habéis terminado de recorrer. ¿Qué os sucede?—y se precipitó hacia delante el trovador, justo para recibir entre sus brazos a la que,

vacilante, se pasó la diestra por la frente—. Sentaos... Os pasará. Vuelvo inmediatamente.

Don Rodrigo, en la puerta, saludó a su hija.

—Recordad, jovencita que os di buen consejo. Si padre tuvierais, avergonzaros debiera aunque muerto esté ya para vos, preferir la compañía fugaz de un trovador a la de un sesudo tutor que vuestro bien quiere.

—¿Mi bien?—exclamó ella—. Me priva de luz, me priva de...

Luys Gallardo cerró la puerta, apartando al hidalgo. Apoyó los hombros en ella.

—¿Tenéis la bondad, señor? Seguid aconsejando a esta linda jovencita, por quien veo manifestáis gran interés. Y aclaradme, entre ambos, ¿por qué seguir fingiendo? Olvidaste algo, mi dama. Muy reciente es el momento en que me jacté de nunca olvidar el escorzo de un cuello, un andar de mujer, ni unas manos expresivas. Tus mentirijillas no me engañaren. Inventabas tutor y nombre. No sabes mentir. Y ¿qué nuevo misterio es este?.¿Por qué a la que sin su máscara de cera podéis llevar con vos, exigiéndolo, le habláis de su padre “que muerto está ya para ella” y os disponíais a retiraros? ¿Y por qué tú, Máscara de Cera, tiemblas ante este hombre? Hastiado estoy de obscuridades, señor. Y de aquí no saldremos hasta poner en claro este misterio. Ella no puede ser mi hermana. ¿Qué cúmulo de viles mentiras inventasteis, don Rodrigo? Os vigilo, señor. Ella es vuestra hija... ¡y por lo tanto, vos sois un gran embaucador!

Hablaba el trovador incoherentemente, trémulos los labios, pero vigilante.

Angustias de Bujalance, asustada, sollozaba, briéndose el rostro, en ademán revelador.

El hidalgo sentóse con deliberada lentitud. Extendió las piernas.

—Vuestro padre murió en las Indias. Era mi único amigo. He perdido y me place que esta ingrata locuela me vea luchar para defender mi vida.

Luys Gallardo echó hacia atrás la cabeza. Distendió su boca un rictus doloroso y, por fin, rió primero silenciosamente, después en progresivas carcajadas.

Serenóse súbitamente.

—Gracias, Máscara de Cera. Reposo eterno para mi padre. Y ya no siento peso en mi corazón, que me dolía al pensar en que quien me dió sangre, tan fría la tuviera al ver a sus cachorros. Llamadme cachorro, don Rodrigo. Ya no me duele. Creasteis el Héroe, porque ahora Dago está presto a toda redención. No... No pelearemos,

señor hidalgo. Sois genial y me inclino. Habéis explotado lo más sagrado. ¡Pero bien vale el engaño la salvación de Dago! Es mi hermano... ¿verdad, Máscara de Cera?

Había latente súplica en la voz del trovador.

—Sí...—bisbiseó ella.

—¿Parecéis asombrado, hidalgo? No estoy loco... Pero escuchadme, porque os prevengo. Dago ignorará vuestra insensible supercheria. 0s respeta, y tendrá cariño en su esposa y en amistades. Ahora bien, si vuestros consejos lo extraviaran... sabría quién sois. ¡Un genial farsante! Y cuidado, lunático. Mi hermano es un cachorro cruel. Muerde con salvaje frenesí. Evitadlo. Cuidádmelo bien. ¿Comprendéis por qué me río? Sé que no teméis por vuestra vida, pero sí por el fracaso de vuestros planes. Informaré a Truand Lascar, por si accidente me pasase. Y también a otra persona de mi confianza, y que en Ajaccio quedará. ¿Veis como hasta de un insensible hidalgo lunático, he logrado un solícito consejero para mi hermano? Gracias a vuestra hija.

—Bien. Así es. Y ahora, venid vos conmigo, locuela.

—¿Por qué va a ir ella con vos, señor?

—¡Es mi hija!

—Bah... Jugasteis con la zozobra de dos hijos, don Rodrigo. No os mato porque seréis útil a Dago. No os mato porque vuestra hija se consideraría culpable. Pero dejadme reír, al oíros invocar un derecho de padre, a vos, que empleabais a una niña en tétricas mascaradas, cuando su tez de nardos pide caricia de sol. Tan cierto es que no lloraréis su huida, como mi juramento de que a convento irá hasta su mayoría. Antes, con tal de no perder los hilos que me sujetaban, no aludisteis a vuestra paternidad. La abandonabais. No intentéis nada contra ella, porque entonces podría prescindir de vos. Si os extraña que no os destroce, pensad en que saber que no sois mi padre, me ha dado un consuelo indecible. ¡Era imposible que mi padre se burlase de Dago! Otro consejo: suavizad el trato con él. Dadle muestras leves de afecto. Pensad que es vuestro Héroe y que a su sombra urdiréis vuestras teorías de buen gobierno. Cuidádmelo bien. Ahora saldréis, y sed benévolo. No le llaméis lobezno. Tuteadlo y llamadle cachorro. Os interesa tenerlo contento. No me lo amarguéis, porque hartura tuvo de amarguras.

Don Rodrigo de Bujalance se levantó. Ceñudo, murmuró:

—Rectifico. Él es digno de cierta amistad ¡que no tú, presuntuoso trovador!

—Bien hablado. Y por curiosidad, simplemente por curiosidad, ¿cuáles son los apellidos de cuna que me pertenecerían de no haber

sido abandonado?

—Tu padre era don Gonzalo Bravo de Zaldívar. Puedes reivindicar tierras, si quieres. En Córdoba están.

—Y allá den cosechas a quien las quiera. Queda sosegada, doncella. Ha cesado la negrura... y respiro con libertad gracias a ti. ¿Me hacéis el honor de precederme, don Rodrigo?

—Tu burla no me hiere.

—Ni tampoco ya la tuya. ¡Andando, tramposo!

Fuera, recuperó el trovador su habitual suavidad.

—Allá espera mi hermano. Portaos bien con él. Grande es el juego, don Rodrigo, y no olvidéis que yo soy un lobo juguetón que son más temibles que los serios. Y fijaos que serio es Dago...

Ascendieron la escalerilla. El hidalgo había ya recuperado su temple ordinario.

—Hola, cachorro. Buena labia tiene tu hermano. Eligió bien la profesión. Convencerá a cuantas damas se proponga...

Esbozó Dago un asomo de sonrisa de grata sorpresa, aunque la dedicaba al trovador, y pensando en las damas de Montemar.

—¿Qué fué lo que vinisteis a decirme, don Luys? Ya recuerdo. Que hay viriles héroes como Dago, que necesitan el apoyo de un tronco de buenas frutas, aunque tenga torcidas raíces. Vos no necesitáis apoyo. Seguiréis vuestro camino. Es conveniente deshacer ya un equívoco. A ti, Dago, te podré ir apreciando si me demuestras ser el Héroe que Córcega necesita. A vos, don Luys, nunca os cogería aprecio, porque bajo vuestra apariencia sois más duro que este cachorro. No frunzas el ceño, en intento de comprender, Dago. Tu hermano sí me comprende y más tarde también el almirante Lascar me comprenderá. Agradecido a vuestra compañía. Mañana espero ser presentado a “Faciatosta”. Viviré en alojamiento que elegiré en Ajaccio, cachorro. Ya no tiene razón de ser que honren mis plantas el peñón del lunático. Mis saludos.

Alejóse majestuoso, con empaque de gran señor.

Dago murmuró:

—¿Qué le dijistes a... don Rodrigo, Luys? Se ha humanizado.

—Deshice un equívoco, y estoy contento. Y ahora, cuando se oculte el sol, iremos a deshacer otro. Si no os reclama nada más urgente, podemos hacer compañía a una damita solitaria, recatada y graciosa, que huyendo de un insensible tutor, aquí buscó refugio. La acompañaré a convento lejos de Córcega.

Angustias de Bujalance sonrió tímidamente, cuando Luys Gallardo presentó:

—Mi hermano Dago, el héroe corso. El capitán Lascar, almirante

de la nueva flota corsa. La señorita... ¿cómo dijiste, mi dama? No presto atención a los nombres cuando quien los pronuncia me embelesa.

—Angustias.

—Que se acabaron.

Fué el trovador quien llevó la voz cantante. Dago pensaba en Alicia de Montemar, Truand Lascar callaba.

Al irse los dos hombres, aludiendo a yantar y quedarse solo Gallardo con ella, la hija de don Rodrigo murmuró:

—Yo no quería... Obedecía a mi padre...

—Olvida lo pasado.

Calló ella unos instantes. Después, dijo:

—¿Es... es casado el capitán Lascar?

—¡Albricias! Es soltero y hombre muy cabal. Un bretón valeroso.

Hablaron unos instantes y, por fin, ella aceptó la indicación del trovador, que habilitó un lecho tras los cortinajes.

—Duerme, que tus pupilas llenas están de afán de reposo. Y lo tendrás. Palabra de Luys... Gallardo.

Comió con Dago y Lascar. Éste, mediada la comida, preguntó:

—¿En qué convento piensa ingresar la dama española, don Luys?

—Dejaos de "don" y de tratos ceremoniosos, ¡mala peste me pudra!—exclamó Dago—, ¿Somos o no amigos todos juntos?

—La peste no debe pudrirte, Diablo Olvídala. Ya no existe, más que cuando dirijas la palabra a tus piojos. ¿Qué decías, Truand?

—Es muy linda la señorita para huir del mundano vivir.

—Hasta su mayoría... si prometido honesto no le encuentro. Me gusta ser casamentero.

—No le costaría hallar marido...

Sonrió el trovador.

—Preguntó si estabas casado, Truand. Tardaré en aprender el oficio de marino. Está a bordo Bruyant. Comparte tus comidas con él, conmigo...

—...¡y con la novicia!—estalló, riendo, Dago—. Un almirante necesita descendencia. Y bretón y española... ¡qué magnífico hijo!

—Eres algo rudo, Dago. ¿No ves que el almirante enrojece? Tienes que refinarte para andar entre personas pudorosas.

—¡Ni pudor ni rojeces!—gruñó Lascar—. Lo que sucede es que no creía en los flechazos de amor. Voy a la galeota capitana. Y acepto la invitación a comer a tu bordo, capitán Gallardo.

Solos los dos hermanos, Dago estiró los brazos:

—Esta noche... seré del todo feliz. Tú convencerás a Alicia de

que yo no soy malo y que puedo ser un hombre como los demás.

—Naturalmente. Y ahora, descabezar un sueñecito nos sentará muy bien.

—Sí... Y no estaré alerta, contigo al lado. Será un modo de dormir nuevo.

Bostezó Dago cuando en litera adjunta tendióse el trovador. Y sin mirar a su hermano, dijo:

—No te vayas muy lejos, Luys. Que podamos... vernos de vez en cuando.

—Así será. ¿Qué más?

—Dicen que... antes de dormir, los hermanos...

Bueno, eso es cuando son niños, que ya de mayores no sé... Sería gracioso, dos hombretones dándose hocicadas. No somos ya niños.

—Es bueno serlo.

Y el trovador rozó con sus labios la bronceada mejilla de su mellizo. Dago Corsi rió con un trémolo en la grave voz:

—Sí, es bueno tener confianza en alguien.

—Siempre en mí la hallarás. Pero también tengo yo que tenerla en ti, para poder seguir cantando y vagabundeando sin sombras en la mente.

—Confía... — bostezó Dago —.Buenas tardes, hermano.

—Felices sueños, hermano.

# Capítulo IX

A LA TERCERA VA LA VENCIDA

Recién desembarcados, Luys Gallardo indicó:

—Alternaremos, hermano. Cuando el uno se emboce, el otro puede andar cara descubierta.

—La noche invita a aspirarla. Pero es tu rostro, aunque igual al mío, más agradable de ver. Yo me cubro. También porque pese a la tibieza, tengo frío. Será, sin duda, temor a lo que se avecina.

—¿Temor tú, héroe?

—Si Alicia me manifestara horror al saber quién soy... creo que no lo podría soportar, hermano.

—Desecha inquietudes...—E iba a montar Gallardo en el caballo, cuando sintióse detenido por el brazo.

—Mira...

—Mosca...—murmuró, risueño, el trovador, mirando hacia la ventana que le señalaba su hermano.

Desde donde estaban veían perfectamente en una ventana del mesón del Gallo, aureolados por luz de antorcha que tras ellos les recortaba la silueta a Viviane d'Aurigny y Delfín Lechuga.

El castellano enlazaba amorosamente el talle de la francesa.

—Se me perdió en todo el día, el matachín. Tiene ella encantos más que suficientes para excusar la ausencia del galán.

—Por dos veces ella contra mí atentó. La perdoné, pero abjurándola a abandonar Ajaccio. Mi prestigio... ¿Qué debo hacer?

—Yo lo haré.

—¿Por qué?

—La aventurera es peligrosa, no para nuestras vidas, sino para la de "Siete Vidas", que no serían tantas en manos de ella.

—Aun sin oírlos, se le ve a él totalmente embelesado.

—El estar enamorado transforma a un hombre. Lo sabes ya... Si quiero asustar a la poca asustadiza dama, es porque estimo que Delfín a su lado corre más peligro que ante veinte rufianes.

—¿Qué peligro?

—La hambre de ternura extravía muchas veces el juicio de los que, como él, alardean de cinismo. Se enamoran eligiendo mal y terminan deplorablemente.

—Entonces...

—Permanece aquí y no tardo.

Desdé el balcón, Viviane d'Aurigny estaba repitiendo que debía partir, ya que al amanecer llegaba barco que a Génova podría llevarla.

Insistía en que para ella era un mortal peligro, continuar donde Dago Corsi seguía campeando.

Vaciló Delfín Lechuga, que prisionero del más esclavizante dueño, el amor apasionado, pensó por unos instantes que bastaría con revelar que era un galante aventurero el que substituía a Dago Corsi.

Pero lo estimó una deslealtad. Y era del temple de los que prefieren perder, a traicionar secreto de amistad.

—Yo te aseguro, como lugarteniente que soy de Dago, que nada puede sucederte estando yo contigo.

—Siempre no podrías estar a mi lado, y bastaría que en uno de estos instantes apareciera él.

—No te guíes por leyendas falsas. Dago no es tan perverso como lo reputan.

—Lógico es que lo defiendas. Pero yo, amor mío, sé conocer cuándo en los ojos de un hombre hay luz de muerte. Y con ella en sus salvajes pupilas me miró Dago cuando me ordenó huir, asegurándome que era la segunda vez… y que no habría tercera.

"Talento de histrión", pensó Delfín Lechuga, lamentando que el trovador poseyera en tan alto grado la perfección de imitar a su otro yo. Ignoraba que era el verdadero Dago el que había aparecido ante la francesa.

Tuvo que rodear con sus brazos en fuerte presión la cintura de la atractiva aventurera, cuando ésta pareció dispuesta a lanzarse, en huida loca, por el balcón.

Aquel impulso lo había producido una agradable voz de timbre muy peculiar y único, diciendo:

—A la tercera, va la vencida.

En el umbral, Luys Gallardo miró al castellano.

—Tregua a la dulzura de femenina simpatía. A bordo de la galeota capitana, Truand Lascar te explicará algo muy sorprendente. Puedes ir a descansar a bordo. Estás pálido y ojeroso

—¡Piedad, messer!—suplicó ella, sin el menor recato—. Defiéndeme, amor mío… Me matará…

Impaciente, Delfín Lechuga, levemente ofendido en su vanidad masculina, rezongó:

—Paz a la lengua, Viviane. En cuanto a ti, jefe, es mucha tu valentía y tu hombría para imponer terror a indefensas mujeres.

—No tan indefensa. Que por dos veces intentó enviarme al infierno, y no me gusta el calor excesivo. ¿Debo reiterarte mi amable invitación a que te largues?

—Es absurdo, messer. Invoco nuestra amistad, para rogarte ceses de aterrorizar...

—Resumiendo. Insubordinación tuya, y terquedad extraña en la que, por lo visto, reincide en proponerse quitarme de en medio.

Lo que ambos ignoraban lo reveló ella aterrorizada, al cír la mención de la palabra “reincidir”.

—Yo... no tuve culpa, messer. Fué el gascón quien se propuso ayudar los designios de El Pulpo y te aprisionó... Pero yo sabía que te escaparías...

—No gracias a ti. .

Delfin Lechuga miró contrariado a la francesa,

—¿No me juraste que nada tuviste que ver en este fallido intento de capturar a mi jefe?

—Me duele desengañarte, amigo, pero la dama jura muy en falso. Y conste que, por ser la noche suave y bella cita esperarme, soy propenso a benevolencias, y, por tanto, me molesta acusar a la que, por mujer, merecería mejor trato.

—¡No me matéis!—chilló ella, pugnando por desasirse del abrazo con que la retenía el castellano.

—Nadie mata a nadie—rezongó el “levante”—. Es molesto también que tenga que decirte lo que debo confesar, jefe. Quiero a esa mujer, con sus defectos o sus perdonables errores. Déjala libre de quedarse en Ajaccio.

—No.—Y la aspereza del trovador le asemejó al hombre de las “pupilas salvajes”.—Debe morir...

—¡Absurdo!—clamó el castellano—. No olvides quién eres...

—Eso es. Y por eso mismo messer Corsi exige la muerte de esta mujer.

Delfin Lechuga desenvainó, mientras su otro brazo seguía rodeando fuertemente el talle de la que estremecíase de pavor.

—¡Mata, pero primero por mi empezarás! Y es tu locura inexplicable, porque...

—Porque te callas, Rasuni. Dale gracias a que eres mi principal lugarteniente, y sé excusar tu arrebato, sin temarlo en consideración. Envaina. Déjala. Y en cuanto a ti, mujer, óyelo bien. La tercera es la vencida. No hay más posibilidades de obtener mi indulto. Vete a nado o volando, pero desaparece...

—Al amanecer sale nave, messer, que llevarme puede lejos de aquí, porque yo no quiero morir.

—Que mis ojos lo vean, no viéndote nunca más.

—¡No puedo consentir...!—empezó a exclamar el castellano.

Pero la propia defendida susurró:

—Presto: vete con él... Me has salvado 1a vida.

Delfín... Algún día podemos volver a vernos... Por favor, vete...

Delfín Lechuga pugnó unos instantes entre revelar la verdad para ahuyentar el temor de la que creía hallarse ante el Diablo Corso. Pero la fidelidad a una amistad pudo más.

Lívido, desencajado, con pasos de autómata, abandonó la estancia. Luys Gallardo limitóse a decir, antes de salir:

—Lo oíste. La tercera ha sido la vencida. Nada ni nadie podrán de nuevo salvarte. Hasta nunca, si tienes un adarme de sesos.

En el patio exterior, y ya lejos de oídos, Delfín Lechuga acompasó su andar al del trovador.

—Muy en serio te has tomado tu papel de Diablo Corso, y no es éste el camino. Quiero a esta, mujer, y... huiré con ella. No quiero verte más. Ha sido cruel tu burla. Eres un redentor de la fama de Dago, no un seguidor de sus bellaquerías.

—Lascar te explicará, porque ahora prisa tengo. Y escucha, Delfín; al igual que yo he aceptado tus consejos, acepta los míos. La felicidad de tres hombres bien vale un pequeño sacrificio, que, si ahora te duele, se amenguará con el bálsamo del tiempo.

—¿Qué tres felicidades eran las que en peligro estaban? ¿Qué daño podía causar a nadie la que yo hubiese logrado convencer de desistir de su empeño?

—La felicidad mía y de mi hermano...

—¿Tú hermano?

—Te explicará Lascar. Y, por añadidura, tu felicidad.

—Sin ella quedo, al irse Viviane.

—El hambre de ternura nos extravia. Si nosotros, de inquieto vivir y vagabundeo continuo, tenemos en el corazón la garra del anhelo de lograr algún día paz y compañía amorosa; si acertamos en la elección, nuestra es la dicha. Si fallamos, infierno es la vida.

—¿Quién eres tú para decir que me equivoqué en la elección?

—Nadie.

—¿Entonces...?

—Soy tu amigo; simplemente esto.

Delfín Lechuga pareció por unos instantes que iba a regresar al mesón. Dió un taconazo en el suelo.

—¡Maldito momento el que amistad te pedí!

—Afortunado momento aquel en que tu amistad me diste.

El “levante” se apartó bruscamente, y poco después subía la

pasarela que unía el muelle con la galeota capitana.

Dago Corsi, bajo el embozo, inquirió:

—¿Cómo fué la cosa?

—Ella volará, y él olvidará.

Montaron ambos a caballo. Bota contra bota, siguió, deseoso de conversación, Dago:

—Eso del hambre de ternura es mucha verdad, porque ahora sé lo que era esto que me arañaba por el pecho, en ciertas noches lúgubres. Pero yo he elegido bien...

—Tu dama es excelsa, y mejor no pudiste desear por esposa.

—Esto mismo es lo que miedo me da.

—¡Al galope, hermano! Contaremos con la ayuda del mejor juez: la sin par dama de mi ideal, Altiera de Montemar.

—Ah... Entonces era cierto lo que yo presentía. Tú quieres... casarte con Altiera... No te apures.., “Faciatosta” es muy arriesgado y puede ella enviudar... ¡Además, que ella, si elige, a ti te elige!

—No sufras error, Diablo. La dama de mi ideal es toda aquella que me atrae, pero sin retenerme...

Rió Dago, tranquilizado, porque apreciaba ya a “Faciatosta”.

—¡Al galope, Luys! Triunfarás siempre.

—Si... El día que logre no ver más que a una a todas horas, y desear que así sea por años y años.

Galoparon unos momentos en silencio. Pero cuando, allá en el valle de Farnedo, recortábase la silueta del casillo de Montemar, y refrenaba el trovador las riendas, Dago Corsi, emparejándose, manifestó una de las dudas que le roían:

—Creo... que mejor sería retroceder, hermano. Déjame ser ante ellas y ante “Faciatosta el trovador, puesto que tú te vas.

—Deberías avergonzarte de no tener orgullo de ser el Diablo Corso, temido por los invasores y respetado por patriotas.

—Es que si la perdiera, Luys..., no sé lo que de mí sería... La quiero con furia y a la vez con respetuosa delicia, porque rozar su mano me conmueve. Es un amor que tú ni conociste ni conocerás, porque eres alegre y todas te gustan.

—Diablo, tú eres un gran luchador, pero no te metas en barrizales que ignoras y que son los constituidos por el fondo íntimo de cada cual. ¡Ojalá que no sólo en carne y hueso nos pareciéramos! Busco yo, y desespero de hallar la que, como a ti Alicia, me produzca esas permanentes sensaciones. ¡Cese ya el temor! Avante, que nada es un castillo para quienes, como tú y yo, vamos hambrientos de ternura.

# Capítulo X

ELOCUENCIAS

Giovan Fierro, en su renda por las almenas, divisó a los dos jinetes que atravesaban el llano. Reconoció sin dificultad al que llevaba flotante a las espaldas la corta capa roja, seguido por otro jinete embozado en capa del mismo color.

—¡Bajad el puente! ¡Presto! ¡Paso al Gran Condotiero Mayor de la libre Córcega! ¡Heraldos! ¡Que vuestros clarines vibren con el mejor de los bronces!

El estentóreo vozarrón del capitán de armas del castillo de Montemar quedó apagado en sus ecos por el chirrido de las cadenas y cabrias al descender el puente que, cubriendo el foso, daba entrada a la fortaleza señera.

Los clarines prorrumpieron en marciales toques. En el patio de armas desmontó Gallardo, mientras permanecía a caballo Dago.

—Te avisaré—dijo el trovador, alejándose escaleras arriba, hacia el rellano en que divisaba a “Faciatosta” y a su prometida, tras los que Alicia de Montemar, con arrebol en las mejillas, agitaba su pañuelo en impaciente saludo de bienvenida.

—Mis plácemes, trovador—dijo Altiera—. Has tardado mucho en venir a recoger el laurel del victorioso paladín.

Alicia de Montemar mudamente se alejó, con significativa mirada, que indicaba que en la sala de los coloquios que hasta entonces habia sostenido con Dago, esperaba.

—Eres, pues, Condotiero Mayor ahora.

—Yo no, madona Altiera.

—Lo sois—dijo “Faciatosta”—. Sin vos, fallaría la principal columna de un triunvirato que se propone el bien de Córcega..., aunque empezarais por bello juego lo que hoy constituye una obligación en vos, porque sois muy español y caballero, para dejarnos ahora.

—Hay algo que es muy preciso aclarar.

—Si los dos grandes héroes de Ajaccio desean a solas hablar de arduos asuntos bélicos o políticos, me ausento.

—No, mi dama. De lo que os quiero hablar es de un sentimiento muy poderoso llamado “hambre de ternura”.

—Entonces, yo soy el que me retiro, porque comprendo que para un caballero resulta difícil hablar con elocuencia ante otro hombre a una dama, si de amores es. Y, antes de irme, dad por concedida la mano de Alicia.

—Demasiado honor para mí. No quiero la mano de la lindísima Alicia, porque pertenece a otro.

Empalideció Altiera. ¿Iba el atrevido trovador a dar nuevo giro a la veleta caprichosa de sus amores?...

“Faciatosta” irguió el busto.

Siempre opaca, su voz tuvo, bajo el velo tupido, resonancias ásperas:

—Considerando que el fausto día no debe ser amenguado por molestas reprimendas, messer..., o, si lo preferís, señor español, lamento tener que deciros que es impropia vuestra actitud.

—No lo es. Yo nunca pedí la mano de Alicia, ni la requebré de amores.

—Chanza ésta sin gracia, trovador. Me habías acostumbrado a considerarte de muy buen gusto, para osar algo que te advertí no te perdonaría, y que era jugar con el tierno brote en flor que es el corazón de mi hermana. Hace dos noches las frases apasionadas que ella oyó..., y que cándidamente me repitió, eran las de un hombre veraz y muy enamorado.

—Indudablemente. Eran veraces y de gran amor.

—Cese el juego, señor—atajó “Faciatosta”—. Torpe soy en lides de tañedores de laúd y decidores de lindezas, pero una cosa es cierta. Cuando un caballero habla como lo hizo anteanoche el que la mano solicitó de madona Alicia, si se desdice, sin causa, debe darme razón en el campo del honor.

—Ruego tengáis paciencia, Ugó. Seguramente don Luys Gallardo se complace, por amistad, en invitaros.

—Hay equívocos que yo, Altiera, no puedo soportar.

—¡Ajá!—dijo el trovador, satisfecho—. Tampoco yo. Dejad que os cante con palabras sin música, pero por melodía de corazones, una balada que es historia triste a ratos, alegre en otros.

Lenta y pausadamente fué exponiendo Luys Gallardo la complicada madeja de los episodios que habían precedido a la presencia en el patio de armas de un jinete embozado y trémulo de espera impaciente.

Durante su relato, las reacciones del velado rostro de Ugo Paolo Renzo eran invisibles. Las de Altiera de Montemar puntuaban

elocuentemente las frases del trovador.

—Y eso es todo. Hay allí un hombre que puede serlo, desvanecida toda leyenda diabólica, si vos, madona Altiera, consentís en ser su dama protectora. Ved en él un segundo yo..., pero muy serio.

Y vos, "Faciatosta”, consentid en ser el ángel guardián. ¿Sabéis? Este que con espada en la diestra vela y nunca la usa... No la emplearéis contra Dago. No es mi hermandad la que me ofusca. Comprended que si por la sangre se remonta al nacimiento, es reciente por real sentimiento. Y muy recia, porque me emociona la infantil ansia firme con la que Dago quiere ser bueno. Semeja el niño díscolo y peligroso, que en manos de afectuosos maestros puede ser un hombre de bien, y de dures e intolerantes dómines, perderse.

Altiera de Montemar miró interrogante a su prometido.

“Faciatosta” hizo crujir varias veces los guanteletes que cubrían sus manos. Por fin, lentamente, dijo:

—Vuestra es la decisión, Altiera, y lo que decidáis aprobado queda por mí. Yo, como hombre, admito cuanto ha dicho elocuentemente nuestro trovador. Pero... está Alicia..., el pasado... Y cosas de mujer son. Para mí, messer Corsi ha ganado la mejor batalla al ganarse un hermano que tan brillantemente ha expuesto esto... del hambre de ternura, que puede para siempre hundir a un hombre, o hundirlo para siempre en el abismo de la perdición.

—Gracias, Ugo Paolo Renzo. No esperaba menos de vos. Vuestra futura esposa será inmensamente feliz teniendo vuestra tutela, amparo y cariño.

El condotiero con paso marcial, alejóse, para descender al patio de armas. Llegado allí, invitó al embozado jinete:

—Apeaos, señor. Estaremos mejor en mi sala de armas.

Y en la sala de armas, a solas, cerrada la puerta, Ugo Paolo Renzo tendió la diestra.

—Aceptado el pacto, messer Corsi. En el castillo de Montemar contad ya conmigo, que aquí Diablos no quiero, y los extermino.

Desembozóse Dago Corsi, para, brillantes las pupilas, decir:

—Tu diestra, Ugo, me da valor.

—¿Valor a ti, Dago?

—Lo necesito. Tu amistad me conforta... Pero ¿y ella?

—¡Bah!—Y bajo el velo sonrió el condotiero Podestá. —¿Es que crees que tu hermano no es adalid invencible en el arte de palabrear elocuentemente para convencer a damas? Altiera tiene mi aprobación anticipada a su decisión.

—Pero... ¿y Alicia?

—Messer Corsi, careces de táctica campal. Veamos... La caballería impetuosa ataca; es tu hermano. Acude al flanco la fuerza bien administrada en sensata feminidad de hermana cariñosa. ¿Puede algo contra ambos ataques una débil fortaleza que te ama físicamente? Poco entiendo de amores, pero dicen que primero por los ojos entra. Por eso con el afecto de Altiera me contento. Pero tú... ¡ya venciste!

—Gracias, gracias te sean dadas por tus buenas palabras, Ugo.

—Pero... el buen guerrero es el que, tras la primera victoria, sabe consolidarla, y tú lo harás. Y ahora, para acortar la espera, consolidemos la primera victoria del triunvirato. Te hablaré de las más urgentes medidas a tomar. Sé que por un oído te entrarán mis palabras y por el otro al espacio se perderán, pero no importa. El ruido entontece... Es también una lección bélica.

* * *

Altiera de Montemar era más sutil que el recio condotiero. Arguyó, con recelo:

—Tu hermandad te excusa, trovador. Pero... yo no puedo ni quiero convencer a una cándida criatura impresionable, que, de pronto, el mismo ser, temible ayer, se ha convertido en un pacífico caballero hoy.

—El que ayer convenció a Alicia, es el que hoy abajo espera, con el alma en vilo, la bienvenida y redención entre estos muros.

—Podía ser falacia.

—No lo era. Que amor no miente, y puede Alicia atestiguar si experimentaba el menor temor al saberse amada por Dago.

—Creía que eras tú.

—La primera vez que Dago vióse ante ella, que dormía, pronunció unas palabras muy elocuentes... Vuestro castillo ningún daño sufrió. Son pueriles tus temores.

—La segunda vez que con Alicia se vió, la expuso a muerte cruel y terrible.

—Quería vivir para vengarse de un escarnio horrendo.

—Yo no puedo aceptar al Diablo Corso como quieres tú presentarlo, por natural fraternidad. Tú en un campo, yo en otro.

—Te recordaré lo que un día te dije, mi dama. Por tu sonrisa, por verse fundir la nieve al sol, sólo por ello, sin más recompensa, acepté lo más enojoso para mi orgullo: fingir ser otro, cuando mucho valgo yo sin tener que adornarme con prendas ajenas.

—Lo hiciste por juego...—y vaciló la voz de ella.

—No lo repitas, mi dama. Ugo Paolo Renzo es tu prometido. Le respetas, y yo también.

Irguióse ella, altiva:

—¿Qué quieres decir?

—Por ser "Faciatosta" tu futuro marido, me abstuve de decirte que tal vez a instantes, lejos de ti, te veía como mi sueño personificado. Eras la mujer de mis desveladas noches solitarias... Noble por espíritu, sencilla por rectitud, bella por pureza, inaccesible...

—Me... zahieren tus galanteos de fáciles labios, que no expresan lo que el corazón siente. ¡No, no sigas! Déjame decirte que no veo por qué me hablas así, cuando muy otro es lo que tratamos. Es el amor de tu hermano y la mía.

—Podría yo dejar de ser trovador y galante aventurero, si tú no estuvieses ligada por linaje, por afecto y cariño al buen "Faciatosta".

—Deja de citar a messer Renzo.

—No. Mi mayor homenaje es tenerlo siempre presente.

—Hablabas de tu hermano...

—Puede él dejar de ser el terror de los apocados y el escarmiento de las fieras, siendo sólo un condotiero bravo, si encuentra recompensada su dura existencia de abandonado, obteniendo el escudo y la almohada de compartida ternura. Escudo contra el mal, almohada para aquietar su temperamento ardiente que hallará mansedumbre sin restarle virilidad entre afectos.

—Expuesto por ti, todo convence.

—Porque, ante ti, siempre habla mi corazón.

—Es Alicia quien debe decidir, sin yo para nada influir en su decisión. Me pedirá consejo.

—¿Cuál le darás?

—Que... obre de acuerdo a su sentir. .

—Atiende a lo que supo ver "Faciatosta". Me hubiera sido fácil desaparecer tras efectuar la boda, y seguir Dago en mi substitución, cambiando las tornas.

—Vil engaño.

—Eso es. Y ni es él vil, ni lo soy.

—No puedo... Yo no quiero influir...

—Eres dama que a un juramento no falta, Altiera. Te exijo cumplas uno que me hiciste. ¿Recuerdas? Dijiste que, en premio a mi labor a favor de isla que no es mi tierra natal, podía pedirte cuanto fuera, pero sin olvidar que eras prometida de "Faciatosta". Cumple. Te exijo órdenes a tu hermana menor, que tendrá que

obedecerte, que se case con Dago y no le muestre esquivez, y a costa de esfuerzo, si es preciso, le dé cariño y ternura.

—Cumplir debo mi juramento. Pero si ella... sufre..., tú..., ¡sólo tú serás responsable de la desdicha de dos mujeres!

—A cambio de la felicidad de mi hermano.

—Cumplo, pues. Vamos, y testigo serás de que Alicia de Montemar hará honor a un juramento de su hermana.

Dirigíase ella hacia la sala donde aguardaba Alicia de Montemar, cuando se detuvo, porque, sonriendo con amargura, le interceptaba el paso el trovador.

—Honor hago yo al verdadero Dago que no quieres reconocer. Ni él ni yo queremos por la fuerza amor ni ternura. Tú no sabrías aconsejar a tu hermana que lo necesita. Yo sí sabré morir contento al lado de quien, cuando de este castillo se aleje, buscará la muerte. ¿Y sabes por qué moriré contento? Porque, a mi lado, Dago Corsi habrá caído como un héroe, perdonado en el Más Allá, y confortado con mi continua ternura, basta,pueril y torpe, pero llena y confiante. Y no... no llores, mi dama. Yo no te acuso ni él lo hará. Sabemos comprender tu difícil dilema. Y no me digas que miento o finjo palabras tristes. Esto... ¡esto es lo único que yo a ti no sabría perdonarte ni en mi postrer aliento! ¿Das tu venia, mi dama, para retirarme?

Ella, plenas las pupilas de llanto silencioso, calló.

—No te entristezcas, mi dama... Tal vez no muera él. Olvidar no podrá, pero la muerte tiene extrañas muecas. Huye del que la busca, abraza a quien la teme. Y el tiempo dulcifica las heridas del alma. Como yo, él tiene un alma muy grande. Yo, como él hubiera sido si, en vez de ser vagabundo de caminos provenzales, por los senderos de esta sangrienta isla hubiera crecido. ¿Crees que sólo tiene mi apariencia? Es, tal vez, tosco en lenguaje, pero esto se corrige. Es impulsivo... Esto se aquieta. Pero... ¿a qué extenderme? Adiós, mi dama, y de todo corazón que nunca tu felicidad con “Faciatosta” se vea enturbiada por un remordimiento que no debes experimentar, ya que de la segunda orfandad de Dago Corsi sólo la leyenda tiene la culpa. Adiós.

—¿Dónde... irás?

—Con él, aunque desfigurando mi rostro.

—¿Y si aceptara?...

—¿Si aceptases? Lejos, porque una franja de mar nos separaría, mi dama; pero muy cerca, porque en velero que mi cuerpo llevase, alas habría que de continuo mantuvieran a tu lado mi arrodillado corazón.

Ella bajó la cabeza, miró unos instantes al trovador con vehemencia contenida, y murmuró:

—No volverás a verme, Luys Gallardo. Pero... tu hermano tendrá su redención entre estos muros... Nos volveríamos a ver si él la hiciera sufrir.

—Entonces..., mi dama, este es mi postrer saludo.

Y Luys Gallardo, inclinándose, quedóse prosternado, hasta que se extinguió el rumor de los pasos de Altiera de Montemar.

Irguióse, percibió que sus labios temblaban, los pellizcó duramente, y al fin murmuró:

—Dago se merece a Alicia... ¡Yo no soy digno de Altiera!

Descendió hacia el patio de armas, y, enterado por un soldado que “Faciatosta” estaba con el jinete embozado en la sala de armas del condotiero; llamó:

—¡Paso al vencedor!

Entró, mientras “Faciatosta” contenía al que, desembozado, trataba de salir impetuosamente.

—Quietud, Diablo. Ya falta poco. Altiera está hablando con Alicia, y debes consentir que dos débiles mujeres tengan tiempo de readquirir serenidad. Mala fama tuviste..., y se desvanece, pero no con un soplo, sino con varios hálitos de ternura.

Dago Corsi estrujó las costillas de su mellizo, en abrazo asfixiante, devuelto con igual generosidad.

“Faciatosta” aprobó:

—Me place, señores. Pero... ¿quién es quién? ¿Dónde estás tú,messer? ¿Y dónde el trovador?

Trataba de disipar la contenida emoción que en los dos notaba. Ellos dos no llevaban tela negra cubriendo el rostro, apenas dejando visible una cuenca ocular.

—¡Mosca!... ¿Tristón ahora que la felicidad es tuya ?

—A costa de que me dejes...

—Volveré. Y aun no me he marchado. El velero por acondicionar de tripulación requiere cierto tiempo. No saldré de él, y allá me tienes. Además, un espejo... y nos veremos. Eso es. Mira, cada noche,antes de tumbarme miraré un espejito y lo besaré, desviando la nariz. En tu mejilla babearé, y habrá quien me llamará afeminado.

—¡Ay de quien tal cosa haga! ¡Mala peste lo pudra!...

—exclamó, airado, Dago, lanzando mirada centelleante en busca del osado que se atreviera a tal desmán.

—¿Oís, messer Renzo? Esto es lo que en la intimidad del hogar debéis evitar.

—Un guerrero tiene perdón si es duro de boca, don Luys.

—Lo sois, y muy grande, y, no obstante, ante vuestra dama moderáis el lenguaje.

—También yo lo haré ante ella, ¡mala peste me...! Bueno, yo... ¡Rayos! ¿No oís una vez femenina que...?

—Sí, hermano. Es la voz de... madona Altiera. Te llama... ¡a ti!

Salió como una exhalación el Diablo Corso.

“Faciatosta” apoyó su diestra en el hombro del trovador.

—Gracias, leal amigo.

—¿ Por qué ?

—Por conceder a Córcega un Condotiero Mayor y por permitirme a mí tener fe ciega en que madona Altiera, condesa de Montemar, supo ver en mí el esposo que sabrá comprender su sacrificio.

—No hay sacrificio en ella, mi gran señor. Porque señorío es el vuestro, que con tanta nobleza la sabe querer.

—Sí... La quiero, no con nobleza, sino con misticismo, señor español. Y por eso..., por eso, gracias. Os vais... Tal vez nunca más nos veremos. Quien de los dos ante el enemigo caiga malherido, sabrá decir: “Adiós, Altiera. Eres amada por dos leales corazones”.

Embozóse Luys Gallardo. Abrazó al condotiero. Poco después montaba a caballo, y en raudo galope dejaba atrás el valle de Farnedo, donde, en un torreón, Altiera de Montemar, no dudando ya que para siempre se alejaba un trovador español que su amor suscitó en pasión que, considerando culpable, hacíala justificar su llanto, despedíase agitando la diestra temblorosa.

Y reclinó la cabeza sobre el hombro de “Faciatosta” cuando éste, a su lado, dijo:

—Se fué la ilusión. Yo soy la realidad, Altiera. Procuraré haceros dichosa, y juntos recordaremos con agrado, al pasar los años, vos, y yo desde ahora, al noble español que ganó para Córcega un héroe, y para España un blasón más: el de la caballerosidad, que siempre triunfa y nunca se desmiente.

*PRÓXIMO EPISODIO:*
*"EL TRIUNFO DE EVA”*

# Notas

[←1]

Ver Islas Sangrientas.